

# El paseo y el paisaje en la literatura

II PREMIO NACIONAL DE LITERATURA JOVEN

RAÚL PADILLA LÓPEZ 2024

Universidad de Guadalajara



# El paseo y el paisaje en la literatura

II PREMIO NACIONAL DE LITERATURA JOVEN  
RAÚL PADILLA LÓPEZ 2024

M864.5

PAS

El paseo y el paisaje en la literatura: II Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López 2024 / Hannah Eugenia Manjarrez Terreros, Héctor Justino Hernández Bautista, Jorge Bladimir Ramírez Guerrero, autores.

Zapopan, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2025.

ISBN: 978-607-581-653-1

- 1.- Ensayos.
- 2.- Paisajes en la literatura.
- 3.- Ensayos mexicanos – Siglo XXI.
- 4.- Literatura mexicana – Siglo XXI.
- 5.- Autores mexicanos – Siglo XXI.
- 6.- Naturaleza en la literatura.
- 7.- Literatura mexicana – Jalisco.

I.- Hannah Eugenia Manjarrez Terreros, Héctor Justino Hernández Bautista, Jorge Bladimir Ramírez Guerrero, autores.

II.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial.

Primera edición, 2025

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

Avenida José Parres Arias 150

San José del Bajío

45132, Zapopan, Jalisco, México

ISBN: 978-607-581-653-1

Editado y hecho en México

*Edited and made in Mexico*

# El paseo y el paisaje en la literatura

II PREMIO NACIONAL DE LITERATURA JOVEN  
RAÚL PADILLA LÓPEZ 2024

*Un cuerpo que camina*

**Hannah Eugenia Manjarrez Terreros**

Primer lugar

*La piedra que habitamos*

**Héctor Justino Hernández Bautista**

Mención honorífica

*A causa de las palabras*

**Jorge Bladimir Ramírez Guerrero**

Mención honorífica

DIRECTORIO

Mtra. Karla Alejandrina Planter Pérez

RECTORA GENERAL

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea

VICERRECTOR EJECUTIVO

Mtro. César Antonio Barba Delgadillo

SECRETARIO GENERAL

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Dra. Dulce María Zúñiga Chávez

RECTORA

Dra. Patricia Córdova Abundis

SECRETARIA ACADÉMICA

Lic. Nallely Guadalupe Robles Ortiz

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Dr. Aristarco Regalado Pinedo

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y HUMANOS

Dra. Luz Eugenia Guadalupe Aguilar González

JEFA DEL DEPARTAMENTO DE LETRAS

Lic. Abril Ashanty Ambriz Cárdenas

COORDINADORA DE LA UNIDAD DE APOYO EDITORIAL

Lic. Verónica Mendoza Urista

DIRECTORA DE LA LIBRERÍA CARLOS FUENTES

# Índice

II Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López 2024 .....	9
Presentación .....	11
<b>Luis Jorge Aguilera Gómez</b>	
<i>Un cuerpo que camina</i> .....	21
<b>Hannah Eugenia Manjarrez Terreros</b> Primer lugar	
<i>La piedra que habitamos</i> .....	49
<b>Héctor Justino Hernández Bautista</b> Mención honorífica	
<i>A causa de las palabras</i> .....	75
<b>Jorge Bladimir Ramírez Guerrero</b> Mención honorífica	



## II Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López 2024

Género: Ensayo literario

Tema: El paseo y el paisaje en la literatura

Por su naturaleza digresiva, el ensayo literario es un género propicio al tema del paseo. Experimental por definición, surge de la interrogación personal para emprender un recorrido formal y temáticamente abierto que tiene como destino una transformación. El caminante transita el paisaje natural, urbano, poético, ficcional o digital trayendo a la página la experiencia del paseo.

Se entiende por ensayo literario el texto en prosa que, desde el rigor argumentativo y la exploración de la libertad creadora, discurre o tematiza el paisaje y el paseo en la literatura.

El premio se dedica a la memoria de Raúl Padilla López (1954-2023), quien impulsó la difusión de la literatura, la cultura y la ciencia a través de incontables proyectos que incluyen: la Feria Internacional del Libro y el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, que reconoce la trayectoria de autores consolidados, así como también la Editorial de la Universidad de Guadalajara y la Librería Carlos Fuentes.

**Convocantes del Premio:**

- Universidad de Guadalajara.
- Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.  
Departamento de Letras.  
Unidad de Apoyo Editorial del CUCSH.
- Librería Carlos Fuentes.

# Presentación

**Luis Jorge Aguilera Gómez**

Coordinador del Premio Nacional de Literatura Joven

Raúl Padilla López 2024

El Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López es un reconocimiento que celebra y fomenta el talento literario de escritores jóvenes universitarios en México. Instituido como un homenaje al legado cultural de Raúl Padilla López, este galardón busca dar proyección a las voces emergentes que enriquecen la literatura nacional con ideas frescas, perspectivas innovadoras y una sensibilidad artística única. En su segunda edición, el Premio viene consolidándose como una plataforma de impulso al talento y al compromiso literario con lo que invita a nuevos autores a contribuir al panorama cultural del país.

Creado en 2023, el Premio es concebido desde su primera edición por la Dra. Patricia Córdova Abundis, entonces Directora de la División de Estudios Históricos y Humanos y la Dra. Dulce María Zúñiga Chávez, entonces Directora de la División de Estudios de la Cultura, del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, de la Universidad de Guadalajara, como un homenaje al Lic. Raúl Padilla López fallecido ese año. Raúl Padilla López es uno de los mayores promotores de la cultura de México en las últimas décadas. La Feria Internacional del Libro de Guadalajara su mayor hito, se fortalece año con año como la plataforma internacional que reúne como ninguna otra en el país a pensadores, políticos, activistas, escritores, artistas y editores de todo el

mundo. La segunda edición del Premio en 2024 se ha presentado bajo la iniciativa de la Dra. Luz Eugenia Aguilar González, Jefa del Departamento de Letras y el apoyo del Dr. Juan Manuel Durán Juárez, rector del Centro Universitario por el sexenio 2019-2025. La librería Carlos Fuentes ha sido también un apoyo incondicional desde la primera edición.

Una vez resuelta generosamente la continuidad del galardón había que seguir también la lógica que se planteó en 2023: un concurso de literatura para jóvenes universitarias y universitarios de todo el país que marcara un género literario y un tema. En 2023 se eligió como género la poesía y como tema el amor y la muerte. La ganadora fue Melissa Cordero Novo, estudiante del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. Para 2024 la organización del premio lo tenía claro: se convocaría otro género del yo: el ensayo, y como tema: *el paseo y el paisaje*.

Quizá como en pocos géneros y temas sea tan seductora la relación entre ensayo y paseo. Por su naturaleza digresiva, el ensayo literario es un género propicio al tema del paseo. Experimental por definición, surge de la interrogación personal para emprender un recorrido formal y temáticamente abierto que tiene como destino una transformación. El caminante transita el paisaje natural, urbano, poético, ficcional o digital trayendo a la página la experiencia del paseo. Al momento de concebir de este modo análogo el ensayo y el paseo se erguían como referentes inmediatos dos ensayos que desde su primera lectura habían marcado mi concepción del ensayo como género.

El primero de ellos es “Contraensayo” pieza maestra de Vivian Abenshushan publicada en el verano de 2011 en el número 63 de la revista *Luvina*. Con humor y rigor Abenshushan pasea a los lectores por

todos los paisajes contaminados que nublan la vista en el reconocimiento del ensayo; desde estantes con empolvadas tesis hasta rígidos trabajos de impostura académica. Después, conduce a quien lee por algunas “vías de salida” para dejar el ensayo espurio, esclavo o conformista. Entonces el ensayo se parece en verdad al paseo: si hay compromiso un resultado posible es la transformación del yo, tanto del yo que escribe como del yo que lee.

El segundo es “Transverso del tallo” con el que su joven autora, Verónica de María Bañuelos Arias ganó el premio de Literatura Luvina Joven en 2024. Este texto, gestado en el taller de ensayo del Dr. Eduardo Aguirre, se publica también en la revista *Luvina* en 2024. El ensayo de Verónica de María es un conmovedor descubrimiento de muros amenazados por tercas raíces que con su aparición no sólo ponen en riesgo las paredes sino el paisaje urbano completo y su memoria. Paisaje que con marcado interés por el discurso botánico, pasea la autora de forma digital. Los ensayos de Vivian Abenshushan y Verónica de María Bañuelos me aportaron también una solución a la cuestión del jurado. De inmediato supe que este debería estar integrado por ensayistas mexicanas, noveles y consolidadas, así se garantizaría la pluralidad y se enriquecería la visión estética de las deliberaciones y ulterior selección de los galardonados.

No tardé mucho en dar con los tres nombres que conformarían el jurado. Teresa González Arce, Laura Sofía Rivero y Mariana Orantes. Tres reconocidas ensayistas de generaciones distintas. Las tres aceptaron con amable generosidad y buen talante este trabajo honorario al que se les convocaba.

Tres voces femeninas. Cada una de ellas desde su registro ha marcado un punto en el mapa literario del país. De Teresa González Arce,

*Días hábiles* publicado por la Dirección. de Literatura de la UNAM en 2012 tenía ya más de una década como referente de un ensayo viajero, honesto y siempre revelador. Más reciente de la misma autora con el mismo honesto y amistoso yo ensayístico es *La mala memoria* publicado por el fondo editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro en 2020. Laura Sofía Rivero, la más joven de las integrantes del jurado, con delicioso humor y lucidez hurga los divinos esfinteres y los desechos humanos en *Dios tiene tripas: meditaciones sobre nuestros desechos* título que la hizo acreedora en 2020 del Premio Nacional de Ensayo Joven José Luis Martínez. Mariana Orantes, tercera integrante del jurado, había llegado a mí con su precioso libro *Paniske o cómo todo está lleno de diosas* publicado por An.alfa.beta y la Universidad Autónoma de Nuevo León. De una forma íntima y compleja Mariana Orantes pasa por el tamiz de la experiencia del yo las dimensiones de lo sagrado y lo profano resueltas en lo cotidiano.

En su etapa de difusión, la convocatoria del Premio fue enviada a todas las universidades públicas y algunas privadas del país. En la difusión y selección de trabajos de parte de la organización no se discriminó a ninguna persona por su género, raza, credo, estrato socioeconómico, preferencia sexual o cualquier otra identificación cultural. Tampoco el jurado, ciego en todo momento, ejerció discriminación de ningún tipo en sus deliberaciones. Los únicos requisitos relevantes que delimitaron la selección fue la edad, de 18 a 30 años y estar inscrito en un programa universitario de cualquier universidad pública o privada del país. Los resultados de dichas deliberaciones y la síntesis de los ensayos premiados queda mejor dicha en las palabras de Teresa, Sofía y Mariana.

Reunidas de manera virtual el 14 de octubre de 2024, las escritoras Teresa González Arce, Mariana Orantes y Laura Sofía Rivero, inte-

grantes del jurado del Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López 2024, revisaron los textos participantes y, de acuerdo con las bases del concurso, decidieron otorgar el premio por mayoría de votos, al ensayo titulado *Un cuerpo que camina* presentado bajo el pseudónimo Aliena de Shiring, correspondiente a Hannah Eugenia Manjarrez Terreros. En *Un cuerpo que camina* se manifiesta un esfuerzo por entender el ensayo más allá de su definición académica. La autora, evidentemente de género femenino, entiende al ensayo como una forma íntima en la que inserta de manera casi poética una corriente de la conciencia. La alternancia entre frases escritas en letra itálica y en letra redonda crea una textura que permite ver y escuchar más de una voz en el discurso ensayístico. En *Un cuerpo que camina* se advierte una preocupación por desarrollar una manera propia de hacer ensayo que, además, reflexiona sobre su condición femenina y entiende el lenguaje como parte de su experiencia vital. Reconocerse como “*flâneuse* chilanga” es una muestra de intención crítica que pone en duda el constructo *flâneur* (concepto acuñado para validar la experiencia masculina europea) y lo chilango, lo cual vincula la voz de la autora con las de otras escritoras que también tienen posturas críticas. Es interesante, en este sentido, que la voz ensayística visibilice la experiencia humana y femenina de recorrer zonas urbanas que son potencialmente peligrosas. Por otro lado, la autora de *Un cuerpo que camina* se asume como parte de una tradición literaria que se manifiesta por la referencia, nunca petulante, de autores y autoras que han escrito sobre el paseo.

Las integrantes del jurado han decidido igualmente otorgar menciones honoríficas al ensayo *La piedra que habitamos*, firmado con el seudónimo *Fluxus* correspondiente a Héctor Justino Hernández Bautista,

y a ensayo *A causa de las palabras*, firmado con el seudónimo *Farragut*, correspondiente a Jorge Bladimir Ramírez Guerrero.

*La piedra que habitamos* es un ensayo con estructura circular que capta la naturaleza del paseo: salida, recorrido, regreso. La voz ensayística es capaz de vincular orgánicamente su experiencia personal con la historia de las ciudades, la literatura, y algunas reflexiones de índole filosófico y una forma ensayística de pensar que, además, se mueve en el paseo literario como un recorrido por la literatura mexicana. La prosa es fluida. El texto resignifica el paisaje citadino de lugares que no suelen ser foco de atención, como Fortín de las Flores. No es un texto meramente expositivo, sino interpretativo. Hay una búsqueda evidente de una propia “forma de hacer” ensayo, que no experimenta con formas visuales, pero sí del pensamiento: utilizar fuentes de la literatura LGBT+ no es tan común, sobre todo en ambientes académicos donde, o se separa el estudio crítico de la vivencia personal, o se toman las fuentes en estudios de género como desconectadas de la narrativa autoficcional. En este ensayo, las dos cosas se mezclan de muy buena manera, resultando en un texto agradable, cálido y a la vez informado. El lenguaje se hace cotidiano justo cuando es necesario y cambia de registro cuando tiene que hablar de sus ejemplos o fuentes. Adopta una postura crítica al rescatar fuentes de la literatura LGBT+ en un contexto que no es académico, pero tampoco del todo experimental.

*A causa de las palabras*, por su parte, se centra en la vida de los objetos que nos rodean como parte de un paisaje interior que recorreremos en la escritura y la lectura. Transcurre de manera fluida y divertida del mito y la ficción ancestrales a lo cotidiano personal. La curiosidad, elemento clave en el ensayo, suscita preguntas extravagantes y conjeturas poco usuales que provocan risa y, al mismo tiempo, invitan al lector a formular

nuevas preguntas. La curiosidad, la imaginación, el ingenio y el humor son el andamiaje del ensayo.

El Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López agradece y felicita a Hannah Eugenia, Héctor Justino y Jorge Bladimir. Que vengan muchos años más de certamen, que las voces jóvenes sigan siendo proyectadas desde esta Casa de Estudios, la Universidad de Guadalajara, excelente promotora de las letras por el legado de sus grandes.

**ACTA DEL JURADO DEL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA JOVEN  
RAÚL PADILLA LÓPEZ 2024**

Reunidas de manera virtual el 14 de octubre de 2024, las escritoras **Teresa González Arce, Mariana Orantes y Laura Sofía Rivero**, integrantes del jurado del **Premio de Literatura Joven Raúl Padilla López 2024**, revisaron los textos participantes y, de acuerdo con las bases del concurso, decidieron otorgar el premio de manera no unánime, por mayoría de votos, al ensayo titulado *Un cuerpo que camina*, presentado bajo el seudónimo Aliena de Shiring que corresponde a la concursante Hannah Eugenia Manjarrez Terreros, estudiante de la Maestría en Mercadotecnia y Gerencia de Marcas en la Universidad Anáhuac. En *Un cuerpo que camina* se manifiesta un esfuerzo por entender el ensayo más allá de su definición académica. La autora, evidentemente de género femenino, entiende el ensayo como una forma íntima en la que inserta de manera casi poética una corriente de la consciencia. La alternancia entre frases escritas en letra itálica y en letra redonda crea una textura que permite ver y escuchar más de una voz en el discurso ensayístico. En *Un cuerpo que camina* se advierte una preocupación por desarrollar una manera de hacer ensayo propia que, además, reflexiona sobre su condición femenina y entiende el lenguaje como parte de su experiencia vital. Reconocerse como “*flâneuse chilanga*” es una muestra de intención crítica que pone en duda el constructo *flâneur* (concepto acuñado para validar la experiencia masculina europea) y lo chilango, lo cual vincula la voz de la autora con las de otras escritoras que también tienen posturas críticas. Es interesante, en este sentido, que la voz ensayística visibilice la experiencia humana y femenina de recorrer zonas urbanas que son potencialmente peligrosas. Por otro lado, la autora de *Un cuerpo que camina* se asume como parte de una tradición literaria que se manifiesta por la referencia, nunca petulante, de autores y autoras que han escrito sobre el paseo.

Las integrantes del jurado han decidido igualmente otorgar menciones honoríficas al ensayo *La piedra que habitamos*, firmado con el seudónimo Fluxus que corresponde a Héctor Justino Hernández Bautista, estudiante de la Maestría en Literatura Mexicana en la Universidad Veracruzana, y al ensayo *A causa de las palabras*, firmado con el seudónimo Farragut que corresponde a Jorge Bladimir Ramírez Guerrero, estudiante de la Maestría en Desarrollo Humano, Educación e Interculturalidad de la Universidad de Guadalajara.

*La piedra que habitamos* es un ensayo con estructura circular que capta la naturaleza del paseo: salida, recorrido, regreso. La voz ensayística es capaz de vincular orgánicamente su experiencia personal con la historia de las ciudades, la literatura y algunas reflexiones de índole filosófico y una forma ensayística de pensar que, además, se mueve en el paseo literario como un recorrido por la literatura mexicana. La prosa es fluida. El texto resignifica el paisaje ciudadano de lugares que no suelen ser foco de atención, como Fortín de las Flores. No es un texto meramente expositivo, sino interpretativo. Hay una búsqueda evidente de una propia “forma de hacer” ensayo, que no experimenta con formas visuales, pero sí del pensamiento: utilizar fuentes de la literatura LGBT+ no es tan común, sobre todo en ambientes académicos donde, o se

## EL PASEO Y EL PAISAJE EN LA LITERATURA

separa el estudio crítico de la vivencia personal, o se toman las fuentes en estudios de género como desconectadas de la narrativa autoficcional. En este ensayo, las dos cosas se mezclan de muy buena manera, resultando en un texto agradable, cálido y a la vez informado. El lenguaje se hace cotidiano justo cuando es necesario y cambia de registro cuando tiene que hablar de sus ejemplos o fuentes. Adopta una postura crítica al rescatar fuentes de la literatura LGBT+ en un contexto que no es académico, pero tampoco experimental del todo.

*A causa de las palabras*, por su parte, se centra en la vida de los objetos que nos rodean como parte de un paisaje interior que recorreremos en la escritura y la lectura. Transcurre de manera fluida y divertida del mito y la ficción ancestrales a lo cotidiano personal. La curiosidad, elemento clave en el ensayo, suscita preguntas extravagantes y conjeturas poco usuales que provocan risa y, al mismo tiempo, invitan al lector a formular nuevas preguntas. La curiosidad, la imaginación, el ingenio y el humor son el andamiaje de este ensayo.

Atentamente

Guadalajara, Jalisco, 14 de octubre de 2024



**Teresa González Arce**



**Mariana Orantes**



**Laura Sofía Rivero**



*Un cuerpo que camina*

**Hannah Eugenia Manjarrez Terreros**

Primer lugar

II Premio Nacional de Literatura Joven

Raúl Padilla López 2024



## 1. Pasos perdidos en la rutina

La melancolía de un verano nublado me aguarda. El paisaje gris se extiende tras los imponentes rascacielos del Paseo de la Reforma. *¿Son lágrimas o lluvia lo que se desliza por mis mejillas?* Miro al cielo, que adquiere un tono más oscuro, y el olor a tierra mojada se impregna levemente en el aire. *Sigo llorando.* Tomo el teléfono, lo apago. *¿Qué tal si me llamaban otra vez?* *Estaba harta de mirar los mismos dos documentos de lunes a viernes, desde las 3 a.m. hasta las 8 p.m. durante tres meses (o más). Más correcciones, más cálculos, más notas, a lo que se hizo en un principio. ¿Cuál es el límite de la retroalimentación en esta era de productividad?*

Estoy a punto de cruzar la calle y caminar hacia la parada de los camiones. Al llegar a mi primer destino, correría por otra gran avenida para hacer un transbordo al último autobús que me dejaría a media cuadra de mi casa. *Correr, siempre corro. Correr al trabajo, correr a la escuela, correr para ejercitarme, correr para ahorrar tiempo.* La meta es llegar lo más rápido posible a casa. *Vivo en una carrera constante que parece nunca dar respiro.* Se podría decir que lo vivo desde un privilegio porque tardo entre treinta minutos y una hora en llegar. Otras personas hacen entre

tres y cuatro horas (tan solo en la ida o el regreso) en su trayecto. *Correr ya ni siquiera es catártico.*

¿Será cierto aquel dicho de que todos los viajes ilustran? *Mi espalda se yergue luego de horas de estar doblada frente a la computadora.* Tal vez el fulgor de la revelación se disuelva en la rutina de estos trayectos. En medio de la multitud, todos deseamos que el camino se aligere y la gente se disperse. El cerebro se centra en encontrar una manera de integrarse en una unidad del transporte público, sin importar la falta de respiración en el proceso. ¿Y si vuelvo a casa de otra forma? Los regresos al hogar despiertan claustrofobias insospechadas. Lo único que ocupa mi mente en esos momentos es estar atenta para descender en la parada correcta. ¿Y si mejor me pierdo?

Cuando llego a casa, solo tengo energía para ver televisión o distraerme un poco en redes sociales. *Mi mente está tan agotada que encuentra placer en enterarse de los pormenores del programa de revista en turno.* No hay energía para ejercitarme, muchas veces ni siquiera para cenar y menos para leer. *Apagar el cerebro, dejar de pensar, dejar de ver, dejar de ser.* Me convierto en un saco de huesos que ya no hace, sino que es.

La mayoría del tiempo, regreso a trabajar, aunque en realidad estoy muy cansada y sin ganas de hacer algo diferente a dormir. ¿Somos acaso más libres en el siglo XXI? Vivimos entre afueras y adentros, hundidos en la profundidad de estos últimos, cada vez más indescifrables. La existencia es una colección de adentros grises, donde el resplandor del afuera se siente fugaz, como un suspiro que se disuelve en el aire. El adentro del hogar, el adentro del transporte, el adentro del trabajo. *Vivo más adentro que afuera, como una prisionera.* El afuera se disuelve como la posibilidad de hacer frente a la rutina.

*Nos movemos en un vaivén de productividad, atrapados en cajas de luz que dictan cuánto valemos. ¿Queda algo de tiempo para elevar la mirada hacia un cielo más gris que azul? Mis pasos se vuelven mi brújula, guiándome a través del humo denso y el aroma penetrante de la marihuana del entorno. Cubro mi nariz. Me pregunto, ¿de haber vivido Thomas De Quincey en el siglo XXI, sus “Confesiones<sup>1</sup>” serían en realidad de un mexicano fumador de mota?*

Cruzo la explanada pasando frente a la Estela de Luz. Luego, me enfrento a la reja verde, custodiada por leones y coronada por la decoración temporal de un murciélago. *Cada paso refuerza la certeza de que vivimos en una servidumbre voluntaria. Valoramos más la riqueza que la miseria que el trabajo engendra. ¿Quién no soñaría con vagar, con ser libre para entregarse a lo que de verdad le gusta, en lugar de someterse a la rutina?*

*Sólo queda en el aire la cuestión de cómo llevar el sustento a casa y por eso elegimos los grilletes dorados que trae consigo una labor asalariada. Los años pasan y con ellos cambian las decoraciones; he sido testigo de dos: un chapulín y un panda. No imaginé durar tanto en la empresa, ni que forjaría una carrera (y menos aún que me haría llorar tanto).*

Un bosque en el corazón de la ciudad, el cerro de los grillos, uno de los pulmones de la Ciudad de México: Chapultepec. Mi infancia la viví entre sus rincones: alimentando patos y peces en el lago, explorando el Castillo, perdiéndome en el bullicio de La Feria (hoy Aztlán) y el Papalote, Museo del Niño. En esos recuerdos, siempre estuve acompañada. La disfuncionalidad familiar era su peculiar forma de funcionalidad. Quizá siempre fui una niña sobreprotegida hasta que descubrí en

---

<sup>1</sup> “Confesiones de un inglés comedor de opio” de Thomas De Quincey (1821).

los paseos una libertad inédita, una libertad que ahora busco de nuevo porque la he perdido...

Hoy, la caminata será en soledad, un acto de liberación de los otros. *Es en la marcha donde encuentro la libertad para pensar y sentir, donde el tiempo se desvanece y la distancia se vuelve irrelevante.* Pero al cruzar las rejas, me envuelve una multitud anónima que camina en direcciones dispersas. *El paseo se vuelve entonces una libertad en suspenso, un respiro donde los problemas y preocupaciones se diluyen momentáneamente.* A mi alrededor, monos, avestruces y patitos decoran las cabezas de los transeúntes; rostros sin identidad que se funden en el paisaje urbano, acompañados de algodones de azúcar y chicharrones preparados. Chapultepec se siente más como un centro comercial que un bosque. *Abrazar la soledad no es estar sola.*

Pasear en estos tiempos se vuelve un acto de rebeldía, aunque también puede verse como un lujo. *Parece que mi tiempo ya no me pertenece.* En una época invadida por automóviles, aplicaciones de movilidad y con variadas alternativas de transporte público, caminar resulta ser la opción más ineficiente. Como afirmaba William Hazlitt, “caminamos para volver a ser nosotros mismos”. *Andar para olvidar mi nombre, perder mi identidad, para encontrar un destello de libertad (si es que aún queda algo).*

Entre algunos árboles, intento conectar con la naturaleza. Pero soy interrumpida por comerciantes que me ofrecen “changuitos miones” (sic) en 3 x \$100. Al igual que Vivian Gornick, no puedo desprenderme de las voces de la ciudad. *Soy nadie, apenas un cuerpo que camina.* Necesitaría otro lugar para entrever la lucidez que ofrece el paisaje natural, pero permanezco en el caos que me envuelve. *Mis entrañas rugen.* Un olor a palomitas me seduce, saco un billete de \$20 y mientras me las entregan, diviso un pequeño puente del otro lado de los puestos.

Un letrero anuncia “Jardín botánico” y decido adentrarme. Las plantas están ordenadas, los caminos despejados, el invernadero cálido. *Sin embargo, la naturaleza, como los paseos, debería ser libre, indómita, salvaje.* Encuentro un rincón con pasto y me acuesto sobre el suelo húmedo. El cielo sigue gris, ni siquiera son brillantes los rayos del sol. La lluvia es una amenaza peligrosa, impredecible en cuanto a forma y duración. *Ser una con las plantas y la tierra.*

No sólo escribimos con la mano, sino que para realizarlo bien hay que hacerlo con los pies. *Mis pies exigen continuar.* Mis manos se hunden en el pasto húmedo para darme impulso. ¿Es lo mismo andar, pasear y caminar? Un pie tras otro, el acto del desplazamiento. Estar de pie. *Quizá la diferencia esencial sea la velocidad.* Ponerme de nuevo en marcha hacia donde los pies me guían. *¿O será que tiene que ver con el rumbo?* Convertir el paseo en un arte antes de que la lluvia aparezca.

Nunca me he considerado intrépida, sino curiosa. *Un diálogo mudo entre mi cuerpo y mi alma se apodera de mí.* Seguí por el camino de concreto hasta que una pequeña casa en medio del bosque llamó mi atención. *¿El alma es testigo del cuerpo?* La senda estaba marcada por troncos sobre el lodo. Mis pies, uno tras otro, siguen aquel sendero hasta llegar a mi destino. *¿Y si es una lucha interna que parece no tener fin?*

Una ardilla se posa sobre un tubo de agua, como guardiana de un pequeño invernadero. ¿Será verdad que, como decía el poeta, “se hace camino al andar”? Ya no hay más flora ni fauna a la vista, así que decido regresar sobre mis pasos. *No volveré la vista atrás, con la esperanza de regresar algún día.* Uno por uno, mis pies siguen el camino. Uno es traicionado por la suavidad del lodo. Caigo sobre mi retaguardia, me lleno de barro el pantalón, la blusa y las manos. *El hechizo se rompe con una brusca*

*vuelta a la realidad... hora de volver por los grilletos dorados. Quiero decir, es tiempo de regresar a la realidad. La lluvia llega: el paseo ha terminado.*

## 2. Confesiones de una flâneuse chilanga

Pedí vacaciones. Mi cuerpo ya no soportaba la saturación de un juego de ajedrez perpetuo. Anticipar jugadas mientras se mueven las piezas. Mi mentora me preguntó qué haría con mis días libres. “Dormir,” respondí sin titubear. No tenía un plan. *¿Por qué es siempre necesario definir qué hacer o a dónde ir? Deseo dejar de hacer para simplemente concentrarme en ser.* Cuando las obligaciones desaparecen, las libertades irrumpen como salvadoras inesperadas. Al menos por un breve período de tiempo, puedo cambiar la prisa por la lentitud, la rutina por la quietud.

*La rapidez acelera el tiempo, mientras que la lentitud permite adherirse a él. Saborear cómo los minutos y los segundos se derriten como el hielo bajo el sol.* Cuando era más joven, el tiempo se me antojaba pausado, flemático, de alguna manera, eterno... *Supongo que también estaba satisfecha con la vida que llevaba.* Escuela, casa, centro comercial, gimnasio. *Siempre fui prisionera de muchas jaulas de cristal, cumpliendo expectativas ajenas.*

Mi punto de quiebre llegó en la universidad (una preparación salvaje para lo que sería mi vida laboral). Estudiaba de lunes a domingo, en la mañana y en la tarde. *Dejé de ser cuerpo para convertirme en puro cerebro.* Algunos sábados se convertían en días de exámenes y las vacaciones eran una oportunidad para estudiar más. *Las máquinas son más valoradas que la esencia humana.* Sentada en la mesa del comedor, resolvía ejercicios matemáticos. Preparaba guías a mano, esperando que el conocimiento fluyera a través del “movimiento”.

Mi ropa comenzó a apretarme y, por más que estudiaba, me iba mal en los exámenes. Mi cuerpo clamaba por otro tipo de movimiento. Así, iniciaron mis paseos. Después de horas de estudio, salía al parque frente a mi casa a dar algunas vueltas. *Sentir el sol, el viento acariciando mi cara. Mi rostro, mis piernas recobrando vida con cada paso. La sangre fluyendo por todo mi cuerpo, o una pequeña gota de sudor deslizándose por mi espalda... me devolvían la vida.* Pero la rutina es una amante que aburre. Ver lo mismo todos los días se vuelve predecible, despoja de sabor a la existencia. Mis caminatas comenzaron a expandirse, tanto en distancia como en tiempo.

*La verdadera conciencia del cautiverio sólo emerge cuando se descubre la libertad.* Pronto cambié la biblioteca por paseos. Esos momentos que antes parecían huecos ahora los llenaba con mis pasos. Cambié los veinte minutos de espera en la parada del autobús escolar por caminatas hasta donde mis padres me esperaban. La mayoría de las veces llegaba antes que ellos. *Mi mochila y mis audífonos eran mi única compañía.* En las mañanas, en las tardes o en las noches, los paseos se volvieron la oportunidad para trazar un mapa invisible de la ciudad con mis pies.

A diferencia de los suburbios, las ciudades están hechas para caminar, para ser exploradas en el ritmo pausado del paseo. *Al andar, se vuelve a respirar, y cada avenida, callejón o bulevar se convierte en un libro abierto, siempre dispuesto a quien desea acariciar sus páginas.* Banquetas anchas, pasos peatonales, semáforos y no siempre hay casas en cada rincón. *El paisaje urbano incide en el cuerpo. Mezcla aromas, sonidos y la textura del aire contaminado. En raros momentos, se oye un susurro de la naturaleza que desafía el cemento.*

Recorrí San Ángel por varios frentes, llegué hasta Televisa, me sumergí en San Jacinto y reclamé como mío el parque de la Bombilla. No

sólo desafié al autobús escolar, también abandoné el metro, empujando mis límites hasta Insurgentes, Universidad, Tlalpan, Madero, Reforma, Revolución. Perderme por los Ejes, uno tras otro, hasta llegar al Central, no era sólo un acto de exploración, sino un viaje en el tiempo. La Ciudad de México es un vestigio de eras entrelazadas, un ser monumental que, a pesar de mis años caminándola, aún guarda rincones inexplorados.

*Flâneur*, paseante, *walker*, callejero, *stroller*, vagabundo, *wanderer*, peregrino, *pedestrian*, gitano, *tramp*, nómada y peatón son sustantivos que bien podrían describir a aquellos que han convertido las caminatas en algo más que poner un pie delante de otro. Las grandes figuras literarias han transformado el paseo en arte: desde Hazlitt hasta Stevenson, pasando por Baudelaire, Novo, Paz, Nietzsche y Rimbaud, poetas y filósofos que pensaron con los pies antes que con la pluma. *Caminatas para contemplar, para perderse en el paisaje y en los pensamientos.*

Sin embargo, al indagar más, encuentro una ausencia dolorosa: esta práctica, este arte de la caminata, parecía estar reservado para los varones, aquellos con tiempo, libertad financiera y sin la sombra del acoso acechándolos. *El paseo puede ser una osadía para la época y los géneros.* ¿Y las mujeres caminantes, las paseantes, las vagabundas? ¿Dónde están ellas? ¿Por qué es tan difícil encontrarlas? ¿Existieron? ¿Existen? ¿Existirán?

Lauren Elkin y Rebecca Solnit compartieron mi inquietud. El término *flâneuse*, la versión femenina de *flâneur*, parecía no existir en los diccionarios ni en las calles. Ante esta duda, Elkin desarrolla este concepto para sí misma al recorrer algunas de las ciudades más icónicas del mundo: París, Nueva York, Venecia y Tokio. *Flâneur* se definiría en español como “un ocioso, un holgazán, un observador, que suele encontrarse en las ciudades.” *Podría autonombrarme flâneuse chilanga.* Mientras los

hombres caminaban para observar, reflexionar y, de cierto modo, vivir, a las mujeres se les vinculaba con la venta de su cuerpo; su presencia en las calles era una transgresión.

La reclusión femenina, impuesta desde tiempos ancestrales, confinaba a las mujeres a los interiores, protegidas por los velos de la moralidad. *¿Cómo salir vestida si aún con ropa holgada (sudaderas y tenis) hay peligro de ser acosada, violada y hasta desaparecida?* Incluso, en tiempos de los antiguos griegos, Penélope esperaba en casa mientras Odiseo vagaba libremente por el mundo.

Algunas de las teorías dicen que, con la reclusión de las mujeres, los hombres aseguraban la paternidad de los hijos. Las féminas permanecieron dentro, guardadas, sus pasos limitados por leyes, costumbres y, más tarde, por el miedo. Hoy, aunque hemos ganado terreno, las calles aún son un espacio de peligro. Como lo dijo Solnit, “la presencia de mujeres en el espacio público conlleva una violación de su intimidad, a veces literal, a veces verbal”. *Más que un cuerpo que camina, soy un cuerpo observado con lujuria mientras paseo.* Las ciudades, vastos escenarios de la modernidad, siguen siendo peligrosas para las que caminamos solas.

Soy heredera del temor de caminar en soledad. Aunque sólo he recibido palabras lascivas en mi andar, el miedo está sembrado en mí. La desconfianza ha sido infundida por mi madre. Ella ha sufrido acoso en más de una ocasión. Una de las que más recuerda fue al ser tocada sin su consentimiento tras el sismo del 85. Al desconocido no le importó la tragedia que se vivía y, a plena luz del día, y a media calle, le dio una nalgada.

De generación en generación: el consejo siempre es el mismo, no salgas con ropa provocativa, no camines de noche, nunca sola. *¿Por qué la culpa siempre es de las víctimas al “provocar” a su agresor?* Sin embargo,

¿qué sería la vida sin riesgo? Mis caminatas son un secreto, escapadas diurnas, rodeada de multitudes que me hacen sentir segura. *Una flâneuse chilanga busca su libertad en la ciudad, pero dentro de los límites de la seguridad.*

A pesar del silencio, las mujeres caminantes siempre han existido. El legado de Dorothy Wordsworth, Sarah Hazlitt y Virginia Woolf vive en mí. Ellas también vagaron, en sus cuerpos o en sus pensamientos. Desafiaron los confines que les impusieron. En cada paso, en cada página escrita, nos abrieron el camino. Así, nuestras historias también quedaron marcadas en el pavimento. Seguro todas nosotras somos una decepción para Robert Louis Stevenson porque damos “pasos remilgados al compás de una muchacha.” Las chicas también queremos aventuras, solo que no hemos podido ir en su búsqueda con tanta libertad.

Tras largas reflexiones y el tiempo extendiéndose ante mí como un horizonte abierto, decido que ha llegado el momento. Es hora de salir del letargo. Me despido de mis padres, quienes, con un toque de recelo en sus ojos, insisten en acompañarme, en protegerme del mundo. Pero mi anhelo de libertad pesa más que sus preocupaciones. *No busco otra cosa que el placer sencillo de estar conmigo misma, de caminar sola.* Les prometo llevar el celular y reportarme de tanto en tanto, para apaciguar su inquietud. Voy al baño, tomo las llaves y mi bolsa: una nueva aventura me aguarda en las entrañas de esta metrópoli...

### 3. La pasión hecha dona

Quizá nadie, en toda la historia, haya sentido verdadera pasión por una oferta de donas. Pero ahí estaba, resonando en el aire: a \$19, de cualquier sabor. Un simple antojo se volvió una misión. Justificaba cruzar la Ciu-

dad de México un sábado por la tarde, justo después de la lluvia. *¿Acaso escribir sobre la Ciudad de México es una empresa destinada al fracaso, como describía Valeria Luiselli?* Como el talador que tala para preservar su bosque, el deseo de vagar por las calles —con la excusa de las donas, los lápicos<sup>2</sup> o cualquier otro pequeño capricho— se convierte en un pretexto.

Al ponerme de pie, me repito: “Necesito esas donas”. ¿Será que la excusa hace al paseo más placentero? O, tal vez, simplemente más justificable. *Tiempo atrás, las mujeres requerían una justificación para salir sin provocar miradas inquisitivas.* Así que anuncio a mi familia el propósito de mi partida en ese momento inesperado. *Si hay un propósito claro, no habrá reproches.* Anoto los sabores de las donas que quieren, como si su aprobación validara mi salida. Salgo, dejo que la calle me aguarde, siempre fiel y dispuesta a recibirme.

Para este paseo necesito ritmo, una cadencia que guíe mis pasos. Así que recorro a mis fieles e incondicionales compañeros: mis audífonos. *En esta era, hay un nuevo tipo de paseante, el walkman, ese caminante que transforma la calle en su propia banda sonora.* Saco el teléfono, abro mi aplicación de música y elijo *la playlist* perfecta para sincronizar mis pies con el latido de la ciudad. Y entonces, con la melodía en mis oídos, emprendo la marcha, dejando que la música dicte el compás de mi caminar.

*La traducción literal de walkman sería “hombre que camina”, y también evoca aquel aparato de música personal que marcó los noventa.* Sigo la ruta del Metrobús por todo Xola. Aunque la música llena mis oídos, los ecos de la ciudad aún me alcanzan: sirenas lejanas, cláxones impacientes, comerciantes que gritan sus ofertas, fragmentos de conversaciones ajenas. Mi paseo está inmerso en contaminación auditiva, polución sonora.

---

<sup>2</sup> “Street Haunting: A London Adventure” de Virginia Woolf (1942).

*¿Acaso walkwoman haría que el término perdiera todo su sentido?* Mi música se convierte en un escudo, mi blasón frente a la tormenta ruidosa de la ciudad, una barrera suave entre el caos y mis pensamientos.

Antes de cruzar el Eje Central, detengo mi andar y contemplo el Centro scop: lo están derrumbando. *La imagen me golpea, y sin pensarlo, busco en mi lista una nueva canción.* Encuentro la adecuada y le doy play a “¿Dónde te agarró el temblor?” de Chico Che Chico. *Los walk(wo)men reinterpretan su entorno, dándole sentido al paisaje a través de la música.* Al pasar al lado de los vestigios, recuerdo el día maldito: 19 de septiembre, dos años que marcan una tragedia compartida, 1985 y 2017. En ambos, el Centro scop fue cercenado, tuvo que renacer de sus ruinas. La ciudad lleva cicatrices abiertas, y al caminar por sus calles, basta encontrar la melodía precisa para bailar sobre la desolación. *Marcar el ritmo del paseo y del paisaje.*

Mientras suena “Cuando pase el temblor” de Soda Stereo, continúo mi andar. Inevitablemente, vuelvo a aquel día fatídico de 2017. El terremoto desató el caos: automóviles detenidos, personas paralizadas por el miedo. *Gracias a lo digital, la nostalgia se vuelve portátil.* Vi a algunos ayudar, a otros desesperados buscando cómo regresar a sus hogares, rezando porque aún siguieran en pie. Pero nada, absolutamente nada, se compara con el día siguiente: un silencio sepulcral. Una ciudad rota, desgarrada, como si su alma hubiera sido sacudida junto con sus cimientos. Era el grito ahogado de la llorona. Resonaba entre las grietas de una urbe triste y deshecha. Nunca hallaría consuelo, solo un regreso artificial a la normalidad.

La humedad se adhiere a mi piel como una segunda capa, mientras el aire se vuelve más frío. Un único rayo de sol se cuele entre las nubes grises, iluminando mi camino como si quisiera marcarme una ruta. Mis

canciones son interrumpidas por una melodía que proviene de un puesto de lámina. Pongo pausa a la música del celular. Mi cuerpo, casi sin pensarlo, empieza a moverse al ritmo de una nueva melodía: “Nunca es suficiente” de Natalia Lafourcade y Los Ángeles Azules. Las palabras escapan de mis labios: “y tú te vas, jugando a enamorar...” Siento los rostros en la multitud, juzgándome, pero no me detengo. *Cantar durante el paseo lo hace más lúdico, más cercano, hasta que el sonido se pierde y la canción permanece en mi memoria.*

*Eclipsar el yo, ser anónima, ser nadie: la libertad absoluta.* Doy la vuelta hacia Avenida Cuauhtémoc, sabiendo que ya estoy más cerca de mi destino. *Ver, sin ser mirada, el verdadero placer urbano.* ¿A qué iba? *Una veyesta del paseo, observadora silente, acompañante de la multitud que camina en todas direcciones.* ¡Claro, ya recuerdo! Comprar las donas, ¿verdad?

*Seguir adelante, sólo seguir adelante, aunque el cuerpo pida una tregua. Estoy perdida, pero al mismo tiempo sé exactamente dónde me encuentro. Debo continuar, avanzar, pero desconozco cuánto más.* Los pasos se multiplican en mi mente, mis pies, rebeldes, comienzan a dolerme. *¿Consultar Google Maps? ¡Un sacrilegio!* Parece como si cada pisada fuera un recordatorio de que la marcha también exige sacrificios. Recuerdo a la sirenita de Andersen, que con cada paso sentía cuchillos clavándose en sus pies. *Una batalla interna se libra: seguir o dar la vuelta, regresar a lo conocido. No debí haber elegido botas de lluvia, aunque fueran lo más sensato para el clima que amenaza.* Al final, la Ciudad de México sigue siendo un valle, un eco lejano del lago, la cuenca, el conjunto de ríos que alguna vez fue, atrapado entre montañas y asfalto.

Agua encapsulada, entubada, escondida en el concreto. Aguas negras, contaminadas, tóxicas ocultas quién sabe dónde. Alfonso Reyes definía el paisaje capitalino así: “en mitad de la laguna salada se asienta la

metrópoli, como una inmensa flor de piedra.” *¿Acaso México-Tenochtitlan es el ejemplo vivo de lo que Borges insinuaba al hablar de las ruinas de un mapa desmesurado?* Sigo andando, se supone que ya había llegado al lugar de las donas, pero continúo. El Viaducto, la avenida que contiene al Río de la Piedad. *¿Cómo habrá sido el paisaje de una ciudad entre agua? ¿Cómo habrán sido los paseos, las caminatas? ¿Más bien serían excursiones acuáticas? ¿El viaje en trajinera o canoa habrá sido tan meditabundo?* No me detengo, mis pies parecen hechizados a pesar del dolor.

*Seguir caminando junto a los autos, resignada a ser una connaisseur de las banquetas (al estilo Walter Benjamin, pero más moderna) con mis audifonos un rato más... ¿Y las donas? ¡La bendita oferta de donas! ¿Qué importan las donas ante la exquisita incertidumbre de la vida y del paseo?* De pronto, me encuentro volviendo sobre mis pasos, pasando del caos exterior a un adentro monumental, casi fúnebre: una morgue... ¡Perdón! Ya no lo es, no desde 1985 (tampoco un estadio de béisbol). Ahora es una de las plazas comerciales más concurridas: Plaza Delta. *Vuelvo a las letras de Carlos Monsiváis de aquel terremoto que destruyó la capital. ¿Y quién, además de mí, lo recordará? Para el capitalismo, la memoria es un detalle irrelevante; lo único que pesa es el dinero.*

Una suerte de laberinto urbano me envuelve. Restaurantes, bancos, cafeterías o tiendas de colchones. Algunas al aire libre, otras ocultas en la penumbra sofisticada de un diseño modernista. ¿Métodos de pago? Tarjetas (de débito o de crédito) y efectivo. Más efectivo que tarjetas. *Cash is still king.* Bolsas de papel que cargan promesas de posesiones pasajeras. Consumir, esa es la meta: trabajar para comprar cosas bonitas, para tener más, usar, desechar y repetir el ciclo. Entre patios y entradas que parecen no tener fin, me pierdo. Los centros comerciales no tienen

sentido alguno. Los gadgets tecnológicos pueden estar junto a una perfumería, a una tienda de ropa, videojuegos o incluso lencería.

Detengo la música, pero mis audífonos permanecen puestos. Mis leales acompañantes se vuelven un escudo silencioso que finge otorgar privacidad a quienes deambulan por el centro comercial. *El ritual sagrado del consumo se practica en grupo o en soledad.* El andar pausado que permite el ejercicio del *window shopping*, esa forma sutil de admirar lo inalcanzable tras el cristal. Traducido burdamente como “mirar escaparates”, ha sido por generaciones el paseo obligado para muchas mujeres. Ir de compras en realidad es un andar encadenado a la necesidad de consumir y a la privación de pasear. De alguna manera, seguimos siendo herederas de aquel legado, eternas “chicas materiales” en busca de algo que quizá nunca podremos poseer del todo y con la incapacidad de ver nuevos horizontes.

Caminar en los adentros es otra experiencia. Aquí, el paso se ralentiza para detenerse frente a los productos, pero debe apresurarse un poco para alcanzar a ver todas las tiendas. Es un poco diferente a los mercados o tianguis sobre ruedas. En esas situaciones, me vuelvo una cazadora de precios al tiempo que comparo la calidad de los productos. *En este espacio cerrado, tengo más tiempo para observar que para pensar.* Subo y bajo por las escaleras eléctricas. Mis ojos se deslizan por las luces que enmarcan este inmenso escenario de consumo. *Tal vez es como decía Virginia Woolf: “flotar suavemente en la corriente, descansar, dejar que el cerebro duerma mientras se mira”.*

Rompo el pacto del *window shopping* y cruzo las puertas de una tienda departamental. La zapatería me da la bienvenida: tacones, tenis, sandalias, todos en perfecto orden, dispuestos a seducirme. Finjo interés, escaneo precios y estilos, aunque no tengo intención de comprar ni

de destacar. Prefiero no ser protagonista en este teatro. Los empleados, ocupados con el gentío, ni siquiera me ofrecen “el modelo que me guste.” Y así, en este anonimato, me deslizo entre los escaparates, invisible, observadora sin compromiso.

Una niña se ajusta con cuidado unos zapatos de charol negro, brillantes, que contrastan con sus calcetas blancas. Desfila por la tienda, con pasos pequeños y decididos, hasta llegar a uno de esos espejos a ras de suelo. “¡Son perfectos para mi uniforme!”, exclama, radiante. *¿Será el zapato el que define al caminante o es el caminante quien desgasta al zapato?* Su madre, con una sonrisa indulgente, niega con la cabeza: “los vas a raspar, sólo serán para las fiestas o eventos importantes.” *Mis botas, por lo pronto, estaban logrando lo segundo. Ya comenzaban a deshacerme a mí: mis pies ardían con cada paso, cómplices silenciosos de una marcha imparable.*

Miro mi reloj: está a punto de hacerse de noche. ¡Las donas! ¡Van a cerrar! Y aún no las he encontrado. Me quito los audífonos que seguían en silencio para concentrarme mejor en encontrar la dichosa tienda. ¡Sigo sin hallarla! En un impulso de urgencia, me acerco a uno de los vigilantes del centro comercial y le pregunto por la famosa cadena.

Me da indicaciones que, entre su rapidez y mi ansiedad, no logro descifrar. *Había tomado demasiado en serio eso de desconectar el cerebro.* El guardia, notando mi expresión de desconcierto, se apiadó y me guio casi hasta ponerme frente a la tienda. Le agradecí con una sonrisa sincera, entré rápidamente, saqué la lista con los sabores que había prometido, y pedí las donas.

Mientras espero en la caja, saco mi teléfono: cinco llamadas perdidas de casa. *Tal vez uno de los privilegios de los grandes caminantes de tiempos pasados era su libertad de dispositivos.* Con la tarjeta de crédito en mano, me ofrecen una malteada, pero la rechazo. Inserto mi tarjeta,

digito mi NIP, recibo las donas. De nuevo, soy yo, regresando a casa con un pretexto expirado para salir a dar un paseo.

#### 4. Senderos de devoción

Muchos saltos de fe requieren primero algunos pasos. Nunca me he considerado profundamente religiosa, aunque he seguido fielmente las prácticas de la religión católica. *El paseo, sin embargo, puede ser una búsqueda de lo intangible, de algo más grande que nosotros, de una presencia inexplicable que confiere sentido al mundo y a la vida.* Dios, la divinidad, el primer motor, Yahvé, el Supremo, Alá, el Todopoderoso.

*Peregrinus* significa “extranjero” o “exiliado”; un peregrino es en realidad alguien que no está en casa. *¿Y si todos los humanos somos peregrinos en esta tierra? Nuestra verdadera morada podría ser la gloria eterna: la vida más allá de la vida. La fe que mueve montañas.* También existe el concepto de *saunterer*, caminantes de la Edad Media que pedían limosna bajo el pretexto de dirigirse a Tierra Santa. *Sainte-Terrer* o *sans terre* mutó a *saunterer*, el precursor del peregrino moderno.

San Ignacio de Loyola, en “El relato del peregrino”, dibuja su camino hacia Dios a partir de sus lecturas sobre los santos. Su travesía lo llevó a Jerusalén, despojado de bienes y zapatos, como un sacrificio sublime: el sufrir como ofrenda para la expiación de pecados, la súplica de un milagro o la penitencia. Su andar se tornó un sendero de vicisitudes, prisión y acusaciones, una odisea espiritual en busca de redención. *La peregrinación se revela, así, como una conquista del alma, un viaje no sólo por la tierra, sino a través de los confines del espíritu.*

La ruta de la vida, sinuosa y a menudo injusta, demanda favores que trascienden lo terrenal. Como decía Santa Teresa de Ávila, “Vivo

sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero.” En la búsqueda de alivio y gracia, nos dirigimos a los santuarios sagrados, ofreciendo nuestras penitencias. En México, una de las movilizaciones más significativas ocurre cada 12 de diciembre, cuando los fieles caminan hacia la Basílica de Guadalupe. La devoción se manifiesta en sacrificios variados: a veces, la mera peregrinación es suficiente; otras, la ofrenda se torna más dolorosa, exigiendo andar descalzo o de rodillas. Así, la ruta del sacrificio y la esperanza se entrelazan en un viaje hacia lo divino.

La pobreza se revela como una manifestación de lo celestial. Cristo, en su humildad, recorrió el Vía Crucis desprovisto de riquezas. En ausencia de bienes materiales, ¿qué queda por ofrecer? *¿Acaso, como pensaba Thoreau, la caminata es algo sagrado?* En un mundo globalizado, donde los caminos están llenos de ruido y distracciones, esta marcha se vuelve un desafío, un acto de resistencia y búsqueda. *Caminar a Walden, huir a la naturaleza, tal vez, hallar un hogar en todas partes.* La peregrinación se convierte en una forma de retornar a lo esencial, de hallar significado en la simplicidad del andar.

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he peregrinado en más de una ocasión. Quizá la que más recuerdo fue la que hice desde casa hasta la Basílica de Guadalupe. Fueron más de trece kilómetros a pie. No fue un caminar solitario; iba en caravana, acompañada de mi familia, como un acto de gratitud por la vida salvada de mi padre. A diferencia de otras caminatas, esta peregrinación transcurrió mayormente en silencio. *Un silencio reverente, cargado de fe, de gratitud, donde cada paso parecía una oración. Los pies también hablan el lenguaje de la fe.*

Me vienen a la mente otras peregrinaciones: la Virgen de Talpa en Jalisco, San Judas Tadeo cada 28 de octubre, Niñoa en Xochimilco. *Caminar sin rumbo claro, sin una manda que cumplir, sin promesa ni rezo en los labios, pero con el corazón lleno de agradecimiento. Avanzar con la certeza de que, tarde o temprano, se alcanzará el destino.* La rodada dominical en Paseo de la Reforma adquiere tintes de lo sagrado. Nada se compara con la Calzada de los Misterios, un camino que es el preludeo hacia el templo de la morenita, donde la fe vibra en el aire. *Estar perdida, pero con la confianza de que llegaré y que mis pasos se escucharán más allá de la tierra.* En este punto, el paisaje urbano se llena de personas caminando de rodillas, rezando, implorando...

La visita a la Virgen fue breve, casi fugaz, apenas un par de segundos en una banda transportadora (como en los aeropuertos). A pesar de no ser un día de gran conmemoración, el solo hecho de ir en domingo hizo que el aire apenas alcanzara para respirar entre la multitud. Aunque el destino se alza como el objetivo final, en el acto de peregrinar, es la ruta la que se torna lo más emblemático. Con cada paso dado, el sacrificio hecho va tejiendo el verdadero sentido del paseo. Es el camino recorrido lo que purifica, lo que transforma el alma más allá de la llegada.

## 5. Coyoacaneando

Un pie tras otro, cruzo el umbral del edificio que alguna vez llamé hogar. Al salir, comienza la verdadera caminata. A mi alrededor, el caos mecánico de coches, motos, camiones y bicicletas. *Pasear, en medio de este torbellino de ruedas y motores, es un acto de rebeldía, un desafío silencioso a los inventos de la modernidad.* La caminata urbana se ha vuelto una carrera

ciega, un impulso que ignora el paisaje. *Vagabundear parece un eco lejano, un mito literario extinto.*

Mis pies se entregan al asfalto. Me convierto en una marioneta, arrastrada por la avenida que se despliega ante mí. Esta calle ha sido parte de mi vida desde siempre, testigo de mi crecimiento, marcada por las transformaciones que ha sufrido y que he presenciado desde la niñez hasta ahora. *¿Soy yo quien posee esta metrópolis, o es ella quien me posee a mí?* Paso de la modernidad agrietada del concreto a los vestigios coloniales de adoquines y empedrados. *Soy otra mujer de la multitud, de la vasta y anónima mancha urbana.*

Me adentro en el Parque Frida Kahlo. La fuente murmura su eterno vaivén, las aves cantan, y el aroma de la naturaleza se mezcla con la muralla de esmog. Mis pasos me guían entre los arcos cuadrados que culminan al encuentro de las esculturas de Frida y Diego, guardianes de este rincón del tiempo. *¿Cómo es el silencio urbano?* Me detengo entre ellos, como si mi presencia pudiese reconciliarlos, y les pregunto en silencio: *¿Quién ha forjado a Coyoacán? ¿Las leyendas perdidas? ¿Los habitantes que la recorrieron? ¿O las historias que aún viven en sus calles?*

No tengo respuesta. Deberé buscarla por mí misma. El barrio de la Conchita se despliega como un laberinto antiguo ante mis ojos. *¿Acaso debo dirigirme a la iglesia o a la derecha?* Mis pies, como si tuvieran memoria propia, me conducen a través de Fernández Leal, llevándome hacia el rincón más solitario: la Capilla de la Conchita. *Pasear, avanzar a mi propio ritmo.* *¿La primera iglesia de la Nueva España?* Se dice que fue erigida sobre los restos de un altar tolteca, donde lo sagrado se superpone a lo ancestral. *El paseo es un lugar en sí mismo.* El cielo se torna gris, presagiando lluvia, un eco distante de tiempos antiguos.

El suelo, con su textura irregular y antigua, parece contener las huellas del tiempo. Me detengo, sin poder entrar, para contemplar por un instante la belleza que emana de cada grieta. Esta caminata no se convertirá en una peregrinación, pero algo en ella tiene el aire de una búsqueda silenciosa. *La vida misma adopta la forma del paseo, una travesía que nos lleva más allá de las rutas conocidas.* Me adentro en el Coyoacán que no figura en las guías turísticas, un lugar místico, oculto tras el bullicio. Camino por las cercanías de la Casa del Teatro, siguiendo una calle que más bien se asemeja a un callejón, flanqueado por casonas enormes, antiguas, con algún negocio discreto que susurra secretos de otros tiempos.

Coyoacán es el lugar que definió mi historia con los paseos. Cuando era una niña, recién descubriendo el equilibrio de mis pasos, venía con mamá a disfrutar un helado o a alimentar las palomas en la explanada. Caminábamos desde casa hasta el corazón vibrante de este sitio (la mayoría de las veces). He recorrido sus calles con amigos, amores, familia e incluso compañeros de trabajo (nacionales y extranjeros). Pero la mayoría de las veces, me he perdido más en las conversaciones que en la magia que envuelve sus antiguas construcciones. El paseo en compañía se convierte en una oportunidad para la disertación, una danza dialéctica donde se aprende más del otro, de su filosofía, que de uno mismo.

*Pasear es una levitación para el alma, un respiro sutil en el que el cuerpo se deja llevar hasta agotarse. Irónicamente, es en el cansancio donde muchas veces se encuentra la calma oculta.* Seguir de frente, dar vuelta a la derecha, sin llegar a la fuente de los coyotes. Evito los lugares turísticos, pero no me resisto a comprarme una nieve en canasta. De las originarias de Tepoztlán, pero adaptadas para la ciudad. El pequeño local está sobre la calle de Tres Cruces. No son las mejores nieves, distan mucho de las

originales, pero al menos satisfacen la sed que me invade mientras sigo caminando.

Retomo mi camino por Francisco Sosa, una de las calles más antiguas de la ciudad, cargada de historia en cada adoquín. Más de cuatrocientos años y múltiples nombres: de Calle Real a Santa Catarina, y hasta Juárez. *La memoria de tiempos lejanos que resuenan aún en sus esquinas.* Un pasaje primordial que unía dos mundos, conectando Coyoacán con San Ángel.

*Aunque es ambulatorio y parece fugaz, caminar es un modo de instalarse en el mundo.* Para mi sorpresa, al andar descubro la casa de Francisco Sosa, el hombre cuyo nombre habita en esta calle. Una casona imponente, de paredes rojas y una gran puerta de madera en arco. Tres números adornan su fachada: el 38, el 4 y el 5. ¿Cuál será el número actual? El enigma queda suspendido en el aire, pero lo que sí descubro es que Sosa fue un historiador de gran peso y que vivió aquí durante cuarenta años.

Avanzo por la calle, mientras a mi izquierda un carrito con ollas de tacos de guisado espera a los transeúntes hambrientos. Las personas se acercan con timidez, buscando un plato que sacie el día. Miro mi helado; aún me quedan dos bolas, así que el taco tendrá que esperar para otra ocasión. *¿Será la vida una sombra errante, como se dijo en "Macbeth"?* Mis pensamientos se desvanecen entre las placas de las casas que honran a quienes alguna vez habitaron esta calle. Cada nombre evoca una historia, una vida que, como la mía, deambuló entre las calles de esta ciudad.

*¿Cuántas almas habrán rozado estas aceras con sus pasos? ¿Cuántas historias habrán tejido su andar en este mismo espacio? De ellos no queda rastro, y de mí tampoco quedará nada, más que el eco de un suspiro. El paseante es, en esencia, un fantasma que se desvanece, dejando apenas una sombra de su presencia antes de esfumarse por completo.*

Paso frente al Instituto Italiano de Cultura, la sala Héctor Mendoza y la Quinta Gloria. *Al caminar, siento que la vida se va desdibujando en la bruma de un sueño.* Santa Catarina se alza, con su pequeña capilla cerrada, como un secreto guardado en el corazón de la ciudad. Me siento en una banca de concreto, saboreando los últimos instantes de mi helado. El cielo, azul y limpio, brilla bajo el sol. No hay amenaza de lluvia. No está la melancolía de este verano. Los paseos ayudaron a que me despertara de mi pesadilla. *El paseante solitario, al final, es quien más sueña.*

Mis pies descansan, aunque anhelan seguir leyendo el terreno con cada paso. *Leer es otro tipo de paseo, pero el cuerpo exige sus propias interpretaciones.* Las banquetas se estrechan y las casas se revelan con nombres propios, una identidad. Son más que simples guardianas de secretos: la casa del rincón, la casa de la virgen, la casa de las campanas, la casa rosa, la casa del capitán negro, el patio de los naranjos, la casa d' verat, la casa del león rojo, mi barril...

En una esquina, *La Tatin*, una cafetería que huele a nostalgia. Es el punto de encuentro entre lo antiguo y lo moderno. Sobre ella cuelgan lonas que alertan: “Aviso importante al público en general.” Mis ojos se detienen, y la sorpresa me envuelve: “Se informa que la casa de Emilio ‘el indio’ Fernández ha sido clausurada por actividades comerciales sin permisos ni medidas de seguridad adecuadas.” *Caminar es también una forma de poner el pulso en la ciudad, de actualizar la realidad.*

Prosigo mi marcha, cruzando una librería-galería llamada “La Pause” y la tienda de dulces mexicanos “Puro Gusto”. Pero mis pasos se detienen frente a una placa: la primera fábrica de pastas alimenticias de calidad técnica, erigida en 1937. El dolor en mis pies queda en el olvido cuando leo: “Esta casa fue construida en el siglo XVI; que tu vandalismo

no destruya lo que el tiempo ha respetado.” *El tiempo no es respetuoso ni siquiera con los caminantes.*

Más adelante, la casa del sol me cuenta que allí Venustiano Carranza redactó la Constitución que aún sigue vigente en México. Otro letrado me arranca una sonrisa: “La vida no es caminar por una alfombra roja, es seguir el camino amarillo.” *¿Por dónde voy, hacia dónde me dirijo? Solo sé que caminar es desear, y desear es escribir. Cuanto más camino, más sueño.*

Aquí también habitaron escritores, aunque entre ellos no había armonía: Octavio Paz, en la ahora Fonoteca Nacional, y Salvador Novo, vecino no tan cordial. Justo enfrente de Novo, vivía Dolores del Río, como si el arte, el cine y la poesía se miraran a través de las ventanas. *Soñar y nada más, soñar y enloquecer en el andar.* La Ciudad de México de Novo sigue siendo la mía, aunque nuestros pies sigan rutas distintas. *Como decía mi vecino-poeta: “Pasear en coche es ya un contrasentido, porque pasear es dar pasos, caminar, ‘andar a pie’, como con redundancia decimos.”*

Me acerco a una pequeña pendiente donde la naturaleza se asoma tímida entre un sendero apenas marcado. Un puente se alza sobre el Río Magdalena, bautizado así por los españoles en honor a María Magdalena, su patrona. Detengo la marcha para contemplar el paisaje: unas pinceladas de vegetación que luchan por mantenerse, mientras la Avenida Universidad se extiende, llena de coches que ahogan el horizonte. El aire huele a caño, a basura, a tiempos rancios. *La modernidad niega a la naturaleza su estado original. Una ciudad acuífera, pero que encierra sus ríos; un terreno lacustre, sofocado bajo el concreto. No hay peor cárcel que renegar de lo que uno es en realidad, aunque la esencia termina por salir en algún momento.*

En el siglo xvi lo llamaban el Gran Río de Coyoacán, y sus orillas atesoraban vestigios de la cultura Tepaneca, ofrendas a Tláloc que evo-

caban una fe antigua, una tierra que respiraba sin prisas. A principios del siglo xx, cincuenta y un ríos vivos atravesaban la ciudad, pero todos fueron encajonados bajo el concreto, excepto este, el último río que aún fluye. De sus 22 kilómetros, 12 permanecen libres. *Y así, fluyo yo, a medias, como el río: una vida truncada, robada, entre adentros, en cautiverio. ¿Alguna vez seré totalmente libre?*

Llego a la Capilla de San Antonio Panzacola, tras haber pasado por tres iglesias en el trayecto. *¿Una peregrinación accidental?* El río susurra, como mi anhelo de seguir caminando, de perderme para poder encontrarme, siguiendo los pasos invisibles de otros vagabundos, *flâneuses*, caminantes, *wanderers* y peregrinos errantes en su marcha. *No soy alguien, solo un cuerpo que se libera con cada paso, un cuerpo que habita en todas partes y en ninguna, un cuerpo que se funde con el paisaje.*

*¿Quién soy? ¿Qué hago? ¿A dónde voy? Al final, soy solo eso: un cuerpo que camina.*



*La piedra que habitamos*

**Héctor Justino Hernández Bautista**

Mención honorífica  
II Premio Nacional de Literatura Joven  
Raúl Padilla López 2024



## 1. La ciudad

Pasé gran parte de mi vida en una ciudad tan pequeña que podía recorrerse a pie en un cuarto de hora. Fortín de las Flores, entre el tramo de la carretera que va de Córdoba a Orizaba, las vías del tren y un barranco que la corta desde el sur es una ciudad limitada por todos sus frentes, estática como una fotografía. Por eso, cuando tuve que trasladarme a Xalapa, a la Universidad, la comparación se hizo inevitable. Descubrí que reconocer un espacio nuevo era también abrirse camino entre la memoria de las ciudades pasadas y las sensaciones que despertaron. Preguntarse acerca del origen: ¿en qué momento se colocó la primera semilla que, germinada en tierra fértil, dio en el nacimiento de una ciudad?, ¿dónde se encuentra su punto de arranque?, ¿cuál fue la decisión que, perpetuada en caminos ensanchados hasta formar calles, chozas en casas, puestos en tiendas, la hizo expandirse hacia sus orillas?, ¿por qué algunas ciudades crecen y se diversifican, mientras que otras permanecen inmóviles durante mucho tiempo?, ¿existe una respuesta aparte de la explicación social o histórica, una respuesta desde el arte o la literatura? ¿Y cómo se relacionan con la experiencia de los habitantes, con mi ex-

periciencia? Porque un origen común siempre se puede encontrar en un texto de historia, claro; pero en la realidad no es más que una elección arbitraria que expulsa la aparición de una idea, de una metáfora que surge de forma colectiva.

Richard Senett en su libro *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* afirma que, a lo largo del tiempo, las ciudades han sido representadas en el arte y la literatura con metáforas y símiles del cuerpo humano. Senett descubre en la unión de ambos mundos correspondencias, vasos comunicantes, túneles que hacen parecer al individuo un resumen de lo urbano: las construcciones que son órganos, las calles nervios, los pulmones parques, las personas células. Todo un mecanismo biológico que se erige sobre la concepción de las ciudades pensadas como criaturas. Espacios propensos a enfermar, crecer o morir, como si la materia de la que están hechos pudiera llevar a cabo las mismas mutaciones de la vida orgánica.

Las ciudades pueden así ser imaginadas como personas con las que se entabla una relación. Por su importancia en la historia personal o por el impacto de su carácter, se edifican, se reconstruyen, en la memoria, a través de imágenes o pensamientos repetidos hasta que adquieren el mismo peso que una amistad íntima. Como ocurre entre las personas, dichos espacios a veces se dejan de frecuentar, se olvidan, pasan a segundo plano, hasta que un día un aroma, un objeto, una acción los regresa al presente, en una especie de ejercicio proustiano de restitución que transforma en la conciencia lo perdido para acaso traerlo de vuelta con un matiz distinto.

## 2. Mi ciudad

Cuando era niño la ciudad donde crecí me parecía enorme, aunque en realidad era pequeña. Fortín se deshacía en un parque, una estación de tren, un barranco, algunas calles y un montón de colonias desperdigadas alrededor. Inmóvil, sin decidirse entre crecer o abandonar el mundo, me parecía un largo epílogo de una historia aburrida.

La vía del tren, justo en la frontera con la ciudad de al lado, giraba en una pronunciada curva y se introducía, paralela a las calles principales, hacia el centro, cortaba en dos la estación desierta, avanzaba un par de kilómetros entre terrenos baldíos y se perdía en el Metlac, un barranco que, visto desde el aire, era como una herida en la piel del suelo. Conocí de cerca estas vías porque debía cruzarlas a diario cuando iba de camino a la escuela. A veces, incluso tenía que esperar a la sombra de los andenes podridos de la estación a que el ferrocarril terminara de pasar, pues el único puente no era seguro. Toneladas de acero y cientos de migrantes acostados como líquenes, recalentados por el sol del trópico, montaban a la máquina llamada desde entonces “la Bestia”. El tren nunca se detenía más que lo indispensable, Fortín ya no era estación entonces, sino lugar de paso, tierra que se abandona sin volver la mirada.

Mi mamá dice que la ciudad existía cuando ella llegó junto con mi papá en el tren de pasajeros que traía gente desde la capital del país. En el pasado, por lo menos diez años antes de que yo naciera, la estación era un punto de encuentro: los fines de semana se llenaba de chilangos y jarochos; y alrededor, se ponía un mercado que llegaba hasta el parque. Pero cuando yo era niño solo quedaban algunos terrenos abandonados donde antes se instalaban las tiendas; espacios para negocios, ya vacíos; la taquilla de boletos de tren sellada con tablas; puntales rotos y llenos

de termitas; postes de madera, sin lámparas; ferrocarriles que pasaban cargados de migrantes; un viejo cine incendiado; un pequeño hospital privado que se caía en ruinas y la estación como un monumento que de tan vieja apenas se podía mantener en pie. Allí quedaban también restos de unas vías anteriores, porfirianas. No las que decía mi mamá y me tocó ver ya sin pasajeros, sino unas enterradas por tramos o utilizadas para sostener los postes de luz. Unas que atravesaban la cañada de Metlac entre puentes de madera y bosques de bruma.

Cuando me fui de la ciudad y dejé de frecuentar estos lugares a veces me descubría preguntándome cuál era el futuro de esa ciudad y si los espacios podían morir. ¿Cómo saberlo?, ¿con su último habitante?, ¿Teotihuacan, Mohenjo-Daro o Machu Pichu son ciudades vivas o esqueletos, señales que marcan la ausencia, espacios que se han vaciado de sentido? En Veracruz, Fortín todavía tiene algún significado: es una barranca monstruosa, una antigua estación, un cuerpo en reposo, una vía transitada por migrantes: una ciudad que se olvida apenas volteamos la mirada, una ciudad que me recuerda mis primeras vivencias en el mundo.

### 3. Un paseo por Belmondo

Durante las últimas vacaciones de julio y luego de cinco años sin ir, visité Fortín de nuevo con la intención, tal vez imposible, de recuperar alguna memoria olvidada o de perder cualquiera indeseable. Cinco horas de trayecto, una de las cuales se me escapó en el tráfico que se genera los últimos kilómetros antes de llegar a la caseta de la carretera Córdoba-Orizaba. Carmen, una amiga de la prepa que fue a recogerme, tuvo que esperarme una hora en la estación de autobuses. En el camino,

iba leyendo *Toda esa gran verdad*, del autor chipileño Eduardo Montagner Anguiano. Una novela en donde el joven protagonista (Carlo) está enamorado de las botas de hule del novio de su prima. Un fetiche particular que lo lleva a cuestionarse su papel en la comunidad cerrada y conservadora a la que pertenece: Belmondo. En la segunda mitad de la novela, después de que tiene un reencuentro con un amigo gay de la infancia llamado Leonel, Carlo decide huir a la ciudad con la intención de obtener un poco de libertad y descubrir el camino de su fetiche:

La lejanía me trajo nuevas perspectivas para considerar mi vida en Belmondo, mi pasión fetichista por Paolo y el problema que tenía con amigos y madre. En un principio, la estancia en la ciudad de Leonel me vació de toda angustia, pero con el paso del tiempo fui añorando más y más a Belmondo y a cada una de sus implicaciones. Conocí a los secuaces de Leonel. Eran como quinientos. Todos iguales, todos diferentes.  
—Tú coge —me decía Leonel— y luego piensa en lo demás. Aquí tienes de dónde *escoger*.

Comienza entonces una serie de relaciones y de encuentros con hombres que lo llevan a conocerse y a identificar que su deseo no se encuentra en el hedonismo de las fiestas gay o la emoción de los encuentros casuales, sino en la satisfacción que las botas de Paolo, el novio de su prima, le provocan. De esta manera, y solo para recuperar su objeto de deseo, regresa la mirada como la mujer de Lot, se convierte en la sal de la tierra, y vuelve al poblado del que salió. No pude evitar sentirme identificado con él en ese momento. También volvía después de “buscar fortuna”, como decían los decimonónicos, a un sitio que había abandonado.

En la novela de Montagner, el contraste entre la aventura en la ciudad y el resto de la estancia en Belmondo me permite ahora pensar en un tema que me parece relevante para entender la forma en que las ciudades pueden construirse más allá de sus espacios, como metáforas del cuerpo: el de la relación de las ciudades con la vida gay. Mientras el viaje de Carlo fuera de Belmondo se caracteriza por la rapidez en la vivencia del placer, el resto de la novela se desarrolla en medio de una rica vida interior que, salvo las últimas páginas, no termina de resolverse en su asunción del deseo. Aunque el desarrollo psicológico del protagonista es complejo y se encuentra retratado con minuciosidad, las acciones concretas sobre el deseo fetichista que siente solo se desarrollan hacia los últimos momentos. Carlo, en tanto que chico tímido, no es capaz de decidirse desde el principio. Solo después de haber pasado por el aprendizaje en la ciudad toma la iniciativa última de meterse a la casa de Paolo y robar sus botas.

Resulta curioso, en este sentido, el contraste entre ciudad y campo que aparece en la novela de Montagner porque en otras obras de literatura LGBT+ no se construye de esa forma. La gran mayoría de la narrativa de esta temática se sitúa en espacios urbanos, entre calles atestadas y edificios de departamentos, siendo la menos aquella que se desarrolla en lugares de transición (pueblos, ciudades pequeñas y demás) o áreas rurales. Intuyo que esta tendencia proviene en parte de una realidad. Desde su surgimiento y gracias a su tamaño, las ciudades permiten la desintegración del individuo: en ellas hay tanta gente que los sujetos pasan a formar parte de la multitud. Dicha desintegración contribuye a la existencia de personas que, en otras circunstancias, serían señaladas por su diferencia. Con el paso del régimen monárquico, eclesiástico, al democrático durante el siglo XVIII, los estamentos de la sociedad se

modificaron. El destino al que se dirigían las personas debido a su clase social, a la cuna donde nacieron, se modificó en la búsqueda de una igualdad entre las personas y la aparición del concepto de ciudadano. En este cambio, las ciudades dejaron de ser un centro designado por una divinidad en torno al que se acinaban las clases menos afortunadas, para convertirse en una mezcla de individuos “iguales”. Este caldo de cultivo social hizo que la marginación se constituyera como un asidero para nombrar la otredad. Michel Foucault, para no ir más lejos, en su *Historia de la sexualidad*, da cuenta de ello. Las instituciones médicas, pero también las sociales como lo demuestra Doris Summer en *Ficciones fundacionales*, fueron las propulsoras de una “normalidad” que se validaba en detrimento de una periferia constituida por sectores sociales diversos. Los homosexuales, como pasaron a llamarse por la ciencia médica, encontraron en este espacio plural un margen de acción que pretendió apropiarse del paisaje urbano para encontrar en sus intersticios un espacio propio. Por otro lado, las áreas rurales o las poblaciones pequeñas impidieron la expresión franca del deseo diferente. Los señalamientos y persecuciones eran más acuciadas y violentas porque los pobladores solían (y suelen) conocerse entre sí. De ahí el comportamiento reticente de Carlo en Belmondo.

Mi visita a Fortín me llevó a reflexionar sobre el contraste porque en la exploración de mi propia identidad me encontré muchas veces con la dificultad de mostrarme sin ser juzgado. La impresión creció cuando caminé con Luz hacia el centro y un hombre en una camioneta me gritó por mi cabello largo. A pesar del tiempo, aquel Fortín del pasado seguía agonizante: un cuerpo que disfraza su abyección por temor a parecer diferente.

#### 4. Xalapa

Xalapa tampoco es una ciudad grande. No se compara con Guadalajara o Monterrey. Y ya ni siquiera pensar en la Ciudad de México. Aun así, el cambio respecto a Fortín fue evidente. El paisaje urbano significó un lugar donde inscribirme como parte de un todo que me permitió una libertad distinta a la que había conocido hasta entonces. Desde algo tan simple como poder salir tomado de la mano con mi novio, hasta el anonimato de no saludar a todos cuando camino por la calle, el encuentro con la ciudad me permitió transformarme para reconocer en la diferencia otra forma de la normalidad.

La ficción literaria, en este sentido, fue la que me permitió hacer un contraste entre las formas de apropiación del paisaje en los distintos espacios, y como representación de una historia de lo marginal, se convirtió en una manera de acercarme a la metáfora de las ciudades como cuerpos. Más allá de lo que pueden decir las historias en un nivel sociológico, como ocurre con una buena parte de los estudios de literatura gay, me parece que rastrear la forma en que los personajes que la protagonizan recorren los espacios donde viven, sobre todo los ciudadanos, permite descubrir cómo los lugares también pueden inscribirse en los cuerpos y transformar el paisaje. De las relaciones entre estos temas se vislumbra que la literatura es un mapa de representación en donde pueden leerse las interpretaciones que los sujetos hacen de los lugares que habitan, la forma en que lo cambian al habitarlo y hacen de la mirada un instrumento de apropiación corporal.

Lo anterior me lleva a creer que el paisaje de la ciudad se construye en el papel solo a partir de una metaforización en la que está involucrada la personalidad de quien observa. No es posible desvincular los

cuerpos sintientes de los espacios en donde viven. Las nociones deícticas de ubicación que permiten a las personas identificarse consigo mismas, diferenciándose de los otros, a la vez que los ayudan a relacionarse con ellos a través de una interpretación, pueden también brindar un rastro para dar con el origen y la permanencia de las ciudades.

## 5. Un paseo con el vampiro

La ciudad en los cuentos, novelas e incluso crónicas cuyos protagonistas presentan un deseo homosexual aparece transformada por una sensibilidad distinta a la de otras historias. La primera vez que noté esto fue en *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata. Publicada en 1979, se convirtió de inmediato en una novela que conmocionó a la sociedad conservadora porque mostraba el “amor que no se atreve a decir su nombre” sin culpas, ni ocultamientos, ni dobles sentidos. Hasta entonces, la narrativa gay mexicana solía representar personajes que asumían su preferencia, cuando se llegaba a decir abiertamente, solo a base de mucho sufrimiento o, en el peor de los casos, que se mantenían ocultos, viviendo con un enorme complejo de culpabilidad.

En algunas historias, incluso llegaban al suicidio o las circunstancias los llevaban a la muerte trágica. Pienso en *El diario de José Toledo*, de Miguel Barbachano Ponce, en donde la ciudad se vuelve el marco para el fin de sus protagonistas; o en “Opus 123” de Inés Arredondo: un cuento apasionante sobre dos jóvenes pianistas, unidos por una misma particularidad, pero separados debido al temor sobre los sentimientos que podrían desatarse con su encuentro. Solo hasta que *El vampiro de la colonia Roma* irrumpió en el panorama, el homosexual se asumió como alguien satisfecho de su erotismo. Ya sin miedos por la sociedad, sin

culpas por sus acciones, se permitió transformar el mundo que habitaba para adquirir autonomía de sus decisiones.

En la novela de Zapata el paseo cobra una relevancia distinta porque se convierte en una oportunidad para el lígüe, el encuentro casual o la prostitución. La Ciudad de México se transforma en un paisaje que da cobijo a los impulsos eróticos rechazados por la sociedad. Adonis García, el protagonista de la historia, se apropia de los lugares y transforma su significado de tal forma que se permite erotizarlos y llenarlos de nuevos sentidos. Es el caso de los baños públicos del Sanborns, las calles de la ciudad, la misma colonia Roma, los cuartos de vecindades. Cada uno de estos sitios no son solo las referencias espaciales de la historia, sino también formas en que el sujeto va modificándose de acuerdo con las situaciones y los lugares que habita. La ciudad pasa a volverse un gran cuerpo sintiente que se abre a Adonis como en un acto sexual. Lo penetra y a la vez él se deja penetrar por ella en una simbiosis orgánica que pone en crisis la imagen de orden idealista para las urbes a la cual aspiraron algunos filósofos (como San Agustín) a lo largo de la historia. Pienso que en esta búsqueda de romper con la necesidad de utopías (los no lugares) para mostrar las andanzas de un personaje en un paisaje urbano se condensa una visión optimista de las sensibilidades alternas, aunque pesimista de la sociedad contemporánea. Cuando Zapata hace que el vampiro disfrute de su habitar erótico en el espacio, crea un acontecimiento que valida la voz de los subalternos y los pone en el mapa, a la vez que señala la discriminación que la hegemonía ejerce sobre ellos. No es fortuito que la novela haya sido un escándalo, aunque ya hubieran otras que presentaran el tema con anterioridad. Adonis García destapa los lugares guardados celosamente hasta entonces por la burguesía conservadora y transforma el paisaje sin temor de nombrarse, sin miedo a

descubrirse otro, con la entereza de quien no siente culpa. Vale la pena, por la importancia que ha tenido para la cultura LGBT+, citar *in extenso* la obra para dar una idea de su importancia:

Porque entonces supe por primera vez lo que eran los placeres de la carne después de cachondearnos un ratito porque la cosa se puso muy acelerada así muy violenta se la metí era la primera vez que le metía la verga a alguien y gocé como nunca qué bárbaro yo nunca había pensado que se podía sentir eso todos mis pensamientos y mis masturbadas se habían quedado cortos ante un culo de a de veras no sabes me desparramé en esperma me volví todo mecos y entonces pensé que mi vida ya estaba completa que ya no me podía pasar otra cosa que me sorprendiera ¿entiendes? Me cuentas o a lo mejor eso fue después de que la vida vale únicamente por los placeres que te puede dar que todo lo demás son pendejadas y que si uno no es feliz es por pendejo lo chistoso es que después no me sentí mal digo porque ya ves que toda la gente cuando coge por primera vez se siente mal pero yo no me sentí mal ¿ves? Ni culpable ni nada a pesa de que era la primera vez que lo hacía.

La historia de lo marginal es también una manera de acercarse a las metáforas de las ciudades: las sustituciones en la cultura gay generan una visión mítica de los espacios. Una forma de descubrirse y construir identidad. El personaje gay hace del paseo un espacio de ligue, un acto performativo que desafía la norma, a la vez que construye su propia historia. Ricoeur en *Tiempo y narración* propone que los sujetos son tales porque pueden contarse su propia historia, el sí mismo solo aparece cuando es capaz de identificarse como ese que vivió tales eventos. En la literatura, los eventos que se van presentando al lector son elaborados de acuerdo

con una sucesión de carácter temporal: no es posible sustraer al sujeto de su presencia. Entre ambos polos, la historia y el tiempo, el espacio literario se constituye como una interpretación (Ricoeur lo llama una mimesis, partiendo de Aristóteles) que configura la realidad textual a partir del conocimiento compartido por una comunidad. El vampiro de la colonia Roma, al contar su historia de ligues sin remordimientos, reconstruye también el camino que lo llevó a encontrar un sentido de pertenencia, hace que el espacio narrado se vuelva parte de su identidad, una extensión de su mundo interno, y da cuenta de una opinión compartida por algunas personas gay: el paisaje de la ciudad es un espacio de oportunidades para el encuentro entre seres que deambulan buscando una mirada, un entendimiento, una sonrisa, una invitación.

### 5.75. El ligue en el paisaje de la ciudad

Durante el siglo XIX y a raíz de del aburguesamiento de las ciudades ante la aparición del Nuevo Régimen democrático de representación política, aparecen sujetos cuyo rasgo principal era el de recorrer las calles sin ningún destino. Paseantes que transforman el paisaje al mirarlo e interpretarlo, casi siempre con los valores estéticos que nacieron durante el romanticismo. No es coincidencia que la aparición ocurra en este momento. El cambio político que permitió una mayor movilidad social, aunado a la caída de la antigua visión cultural sobre las identidades permitió que las personas pudieran aspirar a actividades que antes hubieran parecido ociosas. El régimen monárquico creía que las identidades eran asignadas previo al nacimiento, el hijo de un zapatero por fuerza debía ser zapatero y el hijo de un rey, príncipe. Por eso la figura del pícaro fue tan disruptiva, era un sujeto inestable que, a diferencia de los pa-

seantes del romanticismo, no tenía oportunidad de mover más allá de cierto nivel socioeconómico. El régimen de representación moderno en el que aún vivimos permitió deshacerse de las taras impuestas y abrió los caminos para una mayor libertad de movimiento. En este clima social es donde surge la figura del flâneur, el paseante que deambula para observar desde el anonimato el comportamiento de la ciudad; en su papel moral, juzga y pone sobre la mesa las contradicciones de las personas. El flâneur buscaba fundirse con el paisaje citadino y desde allí construir una tribuna donde pudiera señalar la vida en supuesta decadencia. Idealizaban un pasado o un tiempo ya ido en el que la situación respondía a valores en crisis. Ponían el movimiento como una de sus banderas y se dejaban seducir por el reflujo de la gente, observaban y se perdían entre las calles, en la contemplación del otro, buscaban el anonimato y un cierto sentido de la independencia respecto a la sociedad que les permitía trasladarse sin ser vistos.

Paralela a esta figura aparecen los dandis, muy similares a los flâneurs en cuanto a origen, pero distintos en su modo de asumirse como habitantes de la ciudad. Mientras el primero buscaba mimetizarse y pasar desapercibido, el dandi pretendía sobresalir, ser visto, marcar una diferencia respecto a las demás personas por su vestimenta, su manera de comportarse y su forma de hablar. A diferencia de los flâneurs, los dandis abrazaban el cambio y se volvían parte de él, de la vanguardia, el escándalo público y la moda. El escarnio era el símbolo con el que se vestían, el exhibicionismo la fuerza que los hacía mostrarse al mundo. El mayor de todos, o al menos el que más se recuerda, es Oscar Wilde. Madre de las locas, padre de los que se sintieron distintos alguna vez, del amor que no se atreve a decir su nombre, de las respuestas incisivas y el escándalo público. De ahí al paseante, al sujeto que oculta una identidad

gay solo hay un paso. El camino que lleva de la calle a una mirada, de los ojos a un portal a oscuras, de los labios con bigotes que se besan a las manos que se deslizan bajo el traje.

A las imitaciones del fenómeno dandi en México se les conoció con otros nombres, según la época y las características que mostraban: pijos, pisaverdes, lagartijos, ninfos, catrines. Aunque cada una de estas palabras remite a diferentes identidades, engloban un sujeto cosmopolita que invadió el paisaje cotidiano de la Ciudad de México. Tanto así que escritores como Ignacio Rodríguez Galván o José Tomás de Cuéllar les dedicaron el cuento “Manolito el pisaverde” en el caso del primero, e *Historia de chucho el ninfo* el segundo. Ficciones que pretendían denunciar la supuesta decadencia de la metrópoli señalando aquellos agentes que perturbaban el orden natural y los valores republicanos: “Le faltaba a Chucho este toque característico de la raza ninfea, y holgose en su interior de la ocasión que le proporcionaba desmentir su fama de afeinado”. Lo cierto era que estas formas de ser constituían una amenaza porque no se adscribían a las normas de la sociedad y prefiguraban una sensibilidad distinta, acaso crítica a los roles de género y a los espacios de convivencia homoerótica que en ese momento no eran aún nombrados con todas sus letras debido al velo que se les colocó para ocultarlos.

Dichas prácticas no solo involucran la memoria de las luchas disidentes del colectivo LGBT+, sino también una forma de representación que ponía en relevancia una serie de actitudes disidentes y un juego de mirar y ser mirado que caracterizaría el ligue homosexual desde entonces. El paseo como una práctica para el ligue convertía el paisaje urbano en lugar de deseo. Los espacios cobraban otra significación en virtud del cuerpo sintiente. Es en la literatura quizás donde mejor puede conocerse dicha práctica porque se trata de una estetización textual que remite a

una realidad contrastable. Una obra en México donde es posible rastrear dicha relación entre homosexualidad, espacio y paseo es la autobiografía de Salvador Novo: *La estatua de sal*.

## 6. La estatua de sal

Al salir de Sodoma avisado por un ángel, Lot pierde a su mujer cuando esta desobedece el mandato divino al voltear la mirada. En un páramo de oriente, queda convertida en una estatua de sal para tragedia de su familia. Con el tiempo, Sodoma pasó a volverse un eufemismo de homosexualidad, y al sujeto que la practica se le llamó sodomita. Salvador Novo, conocedor del insulto, nombra su novela en una clara referencia a la ciudad destruida por Dios. Él se coloca en el lugar de la mujer de Lot y se dice convertido en estatua de sal al voltear la mirada y encontrarse con Sodoma: el espacio del placer.

Aunque la escritura del libro le tomó a Novo varios años, según cuenta Carlos Monsiváis, no sería publicada hasta después de su muerte, en 1998. No obstante, lo que allí pone, la confesión de su deseo homosexual no sería una sorpresa para nadie. Desde que en la juventud nubilosa vagabundeaba con sus amigos los Contemporáneos, quienes lo rodeaban fueron testigos de cómo en una sociedad represora, él no ocultaba su orientación, e incluso, más de una vez hizo gala de ella. Elías Nandino en su autobiografía, cuenta la anécdota en la que Novo, Villaurrutia, el mismo Nandino y otros iban viajando en un autobús. Cuando llegaron al lugar donde debían bajarse, Novo se puso de pie y con voz amanerada gritó que hasta allí llegaba, luego señaló al grupo que lo acompañaba para que lo siguieran. De esta manera, el autor de *Nueva Grandeza Mexicana* hacía de su personalidad una ostentación.

Agrega Monsiviáis, en *Salvador Novo: Lo marginal en el centro* que el poeta presumía sus preferencias para desarmar a sus enemigos. Se adelantaba a la burla, al escarnio, al gesto violento, y él mismo hacía de su homosexualidad una fiesta que le permitía enfrentar a sus enemigos. Al nombrarse jota el insulto en la boca del otro perdía fuerza, porque terminaba nombrando una realidad que se había vuelto inocua: “¿Sí, y qué?”. Dicha actitud se trasminó también a su literatura; e el libro *Sátira*, no solo ataca a Diego Rivera y a otros intelectuales de su tiempo, sino también hace gala de sus prácticas sexuales:

Está mi lecho lánguido y sombrío  
 porque me faltas tú, sol de mi antojo,  
 ángel por cuyo beso desvarío.

Miro la vida con mortal enojo;  
 y todo esto me pasa, dueño mío,  
 porque hace una semana que no cojo.

Volviendo a la novela, *La estatua de sal* arranca cuando Novo es un niño de provincia aún. Retoma sus primeras clases y se concentra en el descubrimiento que hace de su sexualidad con un compañero mayor que él. Este primer vistazo del placer es común en este tipo de literatura y condensa la sensibilidad de quienes descubren de pronto que existe un gusto hacia las personas del mismo sexo. Las páginas iniciales del libro de Novo tienen mucho de novela de formación, de *bildungsroman* cuyo protagonista no saldrá indemne de la juventud. Pero lo que tal vez resulte más interesante para la idea que trato de construir son los momentos

que siguen a su llegada a la Ciudad de México, la descripción resulta vívida e ilustradora:

La ciudad grande, limpia, de clara atmósfera, dejaba aún admirar sus viejos edificios y sus construcciones porfirianas [era la década de 1920] todavía no profanados por la piqueta ni lanzados al rascacielos. El tránsito era moderado, como el número de habitantes, de peatones seguros y lentos en recorrer las calles y en cruzarlas sin prisas ni temores. Por la avenida Madero —en cuyas tiendas Regal y High Life, o lo que después se volvió High Life— me llevaron a comprar unos soñados zapatos con blanca suela de hule. Paseaban su distinguida, decadente indolencia, los *ffies* que multiplicaban como muñecos de escaparate los atrevidos modelos de Bucher Bros.

Durante varias páginas, Novo construye una estampa de la ciudad, la llena de vida con rasgos que aluden a un México ya inexistente, pero que a él, entonces joven de provincia, le parecía novedoso y cosmopolita. Es lo que ocurre con los sujetos diferentes: en sus comunidades de origen son el centro de la atención (remito otra vez al cuento “Opus 123” de Inés Arredondo), pero al llegar a la ciudad pasan desapercibidos, pueden continuar con su diferencia sin miedo los otros. Es posible que Novo haya intuido esto desde su llegada; y entre las tiendas, los supermercados, los parques y las avenidas reconociera el cuerpo de la ciudad como un espacio protector. Supo de alguna manera el camino sobre el que tantos otros habían transitado, el camino de la mirada y el paseo como invitación al ligue.

Ligar es coquetear pero sin tanto compromiso. Ligar es acercarse al otro desde una sonrisa y besarlo sin conocer su nombre. Ligar es invitarlo a tu departamento para coger. Ligar es ir por un helado. Ligar es

enviar una nude por Grindr. Novo llegó a Ciudad de México y el mundo se abrió a sus pies ante el descubrimiento de la fauna masculina. Se apropió de la ciudad para transfigurarla en carne, en ojos que dan pánico soñar. Si la ciudad en Belmondo funcionaba como contraste y la ciudad de Adonis García como cuerpo que se entrega, la ciudad de Novo es belleza que se deja mirar:

Descubierto el mundo soslayado de quienes se entendían con una mirada, yo encontraba aquellas miradas con solo caminar por la calle: la avenida Madero, por la que entonces la gente paseaba lentamente todas las tardes. Allí, en guardia a la puerta de El Globo, estaba siempre, con su bastón, sus polainas, su chaleco de seda, la mirada vaga y alerta de su *pince-nez*, sus bigotes grises aderezados, el señor Aristi, a quien llamaban la Nalga que Aprieta; por la puerta de junto al Globo se subía al despacho del licenciado Solórzano -de quien contaba Ricardo [amigo pianista del joven Novo] que en su casa, cantaba arias de ópera (*Ninon, Ninon qu'as tu fait de la vie*), y al que apodaban la Tamales porque hacía unas conquistas invitando a los jovencitos a merendar “unos tamalitos y una cerveza”. Por ahí andaba, a caza de clientela o de surtido, la Madre Meza -que nunca se acostaba con la mercancía que procuraba para sus compradores, supervivientes refinados del porfirismo.

No solo resulta interesante en el anterior fragmento la lista de personajes que conoce y que se extiende por más páginas, sino la apertura hacia un mundo que desconocía, el descubrimiento de algo que estuvo todo el tiempo allí a la vista de todos pero no se tenían las herramientas para descifrarlo. Novo, al encontrarse sodomita, somético, invertido, tulastráís, jota, rarito, puto, se vuelve también explorador del mundo gay, como Virgilio lleva a su lector por el inframundo de la nueva Tenochtit-

lán, lo introduce a las casas, lo eleva sobre los techos, lo hace recorrer la Alameda y lo pasea por los edificios, todo entre fluidos, pieles y calores que se entremezclan en una gran orgía urbana: un paisaje de el Bosco, invertido y entregado al sacrilegio.

## 7. Identidad

¿Qué es lo que conecta a los personajes que deambulan en los libros de Novo, Zapata y Osorno con la identidad y mi propia experiencia? En todos los casos existe una apropiación de los lugares a través del paseo y una transformación de los espacios a partir de la libertad. En el Fortín de mis primeros años la mirada no era decisiva para el ligue. Como se trataba de una ciudad pequeña mi forma de apropiarme del deseo fue más bien contemplativa. Cuando paseaba con mis amigas, la presencia de los hombres me llamaba la atención. Pero más de una vez me detuve de un posible acercamiento por el temor a la respuesta del otro. Así, conforme pasé la adolescencia temprana tuve que adaptarme a mirar de soslayo, a esperar el momento justo, hasta que una ocasión la mirada me fue devuelta de la forma que yo hubiera querido.

Ocurrió después de la escuela, cuando fui con mis amigas a caminar por la antigua vía del tren que parte a Fortín por la mitad. En una esquina de la estación un chico mayor que yo se recargaba contra un poste. Nos miramos y supimos, no nos dijimos nada, pero supimos que había la posibilidad de estar juntos, aunque no nos volviéramos a ver.

Pasado el tiempo, cuando llegué a Xalapa para estudiar la universidad, entendí cómo esa mirada abría las posibilidades hacia un mundo diferente. Propiciaba una comunicación silenciosa que instituía un espa-

cio alterno, desconocido para los demás, no porque se separara de esta realidad, sino porque convivía con ella al mismo tiempo.

Es muy probable que los escritores de literatura gay supieran esto. El paseo en la ciudad ficticia que representaron les permitió transformar dicho espacio en uno cuya significación remitiera de inmediato al ligue. Así, el paisaje urbano adquiere un sentido erótico, una promesa de sudor y piel, al mismo tiempo que construye un lugar de resistencia, un cuerpo que arropa lo diferente, lo otro, lo periférico, lo que al fin se atreve a decir su nombre.

En este sentido, la interpretación, entendida como el acto de tomar de la realidad alguna cosa y transformarla de acuerdo con la interioridad del individuo, cobra relevancia porque es a través de ella que el sujeto (los personajes y los autores que representan la ciudad) son capaces de, a través del paseo, convertir el paisaje en una extensión de la subjetividad. Desde la lejana aparición del flâneur, el caminante que hace el camino al andar, hasta el gay contemporáneo de la metrópolis disgregadora, pasando por los dandis, los ninfos y los Novos, la interpretación permite un habitar distinto de los espacios que, bajo otras circunstancias, resultarían hostiles.

## **8. Un interludio (o de cómo José María Velasco se relaciona con todo esto)**

En 1897, José María Velasco pintó “La cañada de Metlac”. Obra conocida porque apareció en la portada del libro de geografía para cuarto año de primaria de los volúmenes de texto gratuito que distribuyó la Secretaría de Educación Pública entre los niños de mi generación. La pintura es más o menos así: al fondo aparece un volcán, el Pico de Orizaba,

cubierto de nieve. A su alrededor están las elevaciones de las Altas Montañas; más cerca se ve la línea de un valle en cuyo centro se cuelan los rayos del sol, como si se tratara de una luz divina que aplasta los árboles; en primer plano, a la derecha, hay un ramaje entre el que se distinguen palmeras, manzanillos, helechos arborescentes; a la izquierda, “El mexicano”, tren que mandó a construir Porfirio Díaz, parece avanzar sobre sus rieles limpios de maleza y retoños, cubierto por un humo suspicaz; y al centro, cual la madre de Acuña, un río se rompe contra las orillas vegetales. Todo en la pintura de Velasco es la promesa de una acción que está a punto de detenerse, el atisbo de un tiempo ralentizado que transita hacia una forma nueva, el del viajero a punto de llegar a la estación, el del paisaje sustraído por un segundo de su movimiento.

Escribe Adolfo Castañón que Velasco solía visitar el escenario de sus pinturas. Con caballete y banco se sentaba a trazar las líneas y a imprimir los colores en el lugar de sus paisajes. Su arte resulta, más que del pensamiento, de la experiencia. No trabajaba de oídas, no se dejaba engañar, acudía ahí donde la imagen lo esperaba oculto. Recalco su manera de trabajar porque me gusta imaginarlo mientras escala la barranca, con sombrero y machete encima, seguido por un ayudante que carga sus arreos de pintura, rompiendo la maleza, un Indiana Jones del siglo XIX, tal vez pasando la noche en el fortín que estaba a orillas del río; tal vez acampando bajo una luna menguante, en el espacio que, años después, ocuparía la vía del tren nuevo. Velasco nunca pudo conocer Fortín, la ciudad construida más o menos cerca de lugar donde pintó su obra, porque esta apareció después, cuando de la máquina solo quedaban ruinas y pedazos de metal.

No hay forma de saber dónde instaló su lienzo para obtener el ángulo de la barranca con el tren, pero queda la posibilidad de imaginarlo

en cualquier sitio. ¿Él sabía que nacería allí una ciudad? No lo creo, pero la historia de los lugares ocultos, de los diálogos con el pasado y con los individuos parece ser otra de las formas de apropiación que me acercan a la idea inicial: las relaciones entre el paisaje urbano, el cuerpo y la identidad. Fortín se transmuta en arterias que conectan con el tiempo, la carne y la memoria; me abre caminos para entender los espacios, me permite construir ficciones en torno al origen y me posibilita imaginar al pintor asentando la ciudad futura.

## 9. La otra ciudad, la misma

Parece que la ciudad no solo existe en las piedras de granito, los callejones secretos, las estatuas cubiertas de sarro, las barrancas en cuyo fondo se anega el agua sucia, los puentes de concreto, los jardines convertidos en parques, las casas vacías. Cuando me detengo a pensarlo, surge también en lugares acaso menos físicos asibles o figurativos: en las metáforas que se constituyen al recordar las vivencias, en la identidad, en la gente, en los vínculos emocionales, las formas de habitar que cada uno elabora, el paseo o el uso para el placer y el hallazgo (disidente, disruptivo y reafirmador). En la memoria o la piel que se inscribe en sus calles.

La ciudad de mi niñez habita en mí y desde mi interior la reconstruyo con los restos que me quedan de ella, la traigo a la Xalapa que conozco y en donde viví mi sexualidad, la llevo a las historias que visito en las novelas, la sobrepongo sobre los lugares y los libros como un palimpsesto. Es más que su cañada, su estación o sus trenes: el vestigio emocional que se proyecta en el tiempo y se encuentra ligado a instantes específicos de amor, hallazgo o duda.

Viví en una ciudad que estaba al borde de una barranca, en lo que parecía el fin del mundo; y aunque cambió cuando crecí y el Metlac se llenó de casas, la impresión de su monstruosidad permanece. Esa misma impresión que Velasco supo plasmar en su pintura, la del encuentro de la industria humana con la naturaleza, la del individuo que se halla ante su propia finitud al borde de una hendidura en el suelo; ante sus problemas y el súbito descubrimiento de encontrarse diferente.

Esta impresión también responde a la idea de ciudad como un territorio mítico que forma parte de mí. Por eso quizás la mejor respuesta que encuentro para la pregunta sobre la génesis de las ciudades es que nacen donde sea necesario testimoniar un momento, de la ambición que proyecta el interior de los individuos en lo que está afuera: una metáfora.

Fortín, como cualquier otro lugar habitado (Belmondo o la Ciudad de México), es un hijo imperfecto y diminuto de una tentativa por transformar el placer del cuerpo en piedra y la piedra en memoria, es un espacio que cuando se vuelve letra desaparece en la errancia de la ficción.



*A causa de las palabras*

**Jorge Bladimir Ramírez Guerrero**

Mención honorífica  
II Premio Nacional de Literatura Joven  
Raúl Padilla López 2024



*En general, me contento con escribir dentro de mi cabeza.*  
Es más fácil. En la cabeza, todo se desarrolla sin dificultad. Pero en cuanto se escribe, los pensamientos se transforman, se deforman, y todo se vuelve falso. A causa de las palabras.

Agota Kristof

## **(I) Antes del papel**

¿Es necesaria la escritura para nuestra especie? Los antiguos caparazones chinos asociados al pueblo Juiahui me hacen creer que sí. En el siglo 6,000 A.C. una comunidad china decidió que era el momento de escribir y para darle cuerpo a sus ideas y adivinaciones tallaron caparazones de tortuga. La relación que hay entre la actividad (la escritura) y el espacio escritural (el caparazón) puede mostrar el deseo de longevidad del pueblo chino. En la mitología, a la tortuga se le atribuye la creación del mundo, también es asociada a la sabiduría de lo cósmico y lo abstracto. Por si eso fuera poco, la tortuga es una de las Cuatro Criaturas Sobre-

naturales, junto al dragón, el *qilin* (unicornio) y el *fenguang* (fénix). Escribir sobre el cadáver de una criatura sobrenatural, convertir sus restos heroicos en herencia e identidad para el pueblo. Algo temporal (la idea) contenido en algo muerto (el caparazón), revitalizar el material hasta que comunique y trascienda. Lo que alguna vez fuera el cuerpo de la tortuga se convirtió en un lugar para escribir.

En Mesopotamia las formas de escritura cuneiforme surgieron como una necesidad comercial. Interesaba que el pueblo conociera el símbolo, su forma y significado, además de la cifra. ¿Qué hay y cuántas veces? De esa forma contabilizaban sus bienes y los representaban. Para los mesopotámicos la escritura viene desde un lugar utilitario y preciso. ¿Qué significa que un pueblo inicie la escritura con una finalidad bien marcada? Los zapotecos, primeros en escribir en Mesoamérica, tenían un registro de los hombres ricos y sus proezas en el campo de batalla<sup>3</sup>. Para ellos, sólo los poderosos podían participar de la palabra, sólo su vida era de interés suficiente.

Desde hace casi seis mil años hemos disfrutado y padecido la necesidad de escribir, hemos encontrado e inventado herramientas para prolongar la memoria, la palabra pensada es invisible, muere cuando se pronuncia; la escrita sobrevive. Para el escritor de Jiahui, el caparazón era el lugar correcto para que los pensamientos de la comunidad envejecieran. El contador de Mesopotamia encontraba en la arcilla una forma de organizar la riqueza de la comunidad. Me pregunto por el resto de las herramientas implicadas en ambos momentos y lugares, ¿qué acompañaba a la arcilla antes de que se convirtiera en cuentas?, ¿había alguna ceremonia para que el caparazón fuera apropiado para escribir?

---

<sup>3</sup> La revista *Forbes* no es ninguna innovación.

Los objetos donde la escritura se materializa ocupan un lugar protagónico en la Historia de la palabra, es una pena que no estemos tan enterados del resto de los instrumentos que hicieron posibles los primeros actos textuales.

## (II) Después del papel

A veces creo que escribimos demasiado, que le tenemos miedo al silencio y por eso hacemos preguntas absurdas: ¿cómo estás?, ¿qué estás haciendo? Ambos cuestionamientos son el planteamiento clásico para una mentira o una verdad a medias: “bien, gracias, ¿y tú?” Sospecho que de la necesidad por la escritura pasamos al gozo y después al hartazgo. Ahora es posible volver al origen y homenajear a los egipcios escribiendo principalmente con imágenes. Un gato para representar un gato. A pesar de que la escritura es prescindible en nuestra época<sup>4</sup>, seguimos buscando que la palabra comunique o que por lo menos pinte la pared del silencio. Aunque todos *podemos* escribir, pocos son reconocidos como escritores.

Escribir es sencillo. Desde pequeños los niños escriben su nombre y se reconocen en el papel, primer autorretrato. Me llamo así, así me escribo. Con esta letra inicia mi nombre. ¿Y después? ¿Cuándo dejamos de escribir? Los escritores ostentan más de una biografía: la literaria<sup>5</sup>, la familiar<sup>6</sup> y claro, la objetual, pues a lo largo de sus vidas, coleccionaron objetos que formaron parte de su escritura y de su vida, aunque a esa información no pueden acceder los biógrafos. Pienso en Oscar Wilde y

---

<sup>4</sup> Esta idea viene escribiéndose desde hace varios siglos.

<sup>5</sup> Donde se enlistan las razones para que gane el premio Nobel.

<sup>6</sup> De donde a veces surgen sus mejores páginas.

su langosta, ¿usaba alguna cadena especial cuando la sacaba de paseo?, ¿y qué otras cosas en su hogar permitieron que su langosta siguiera con vida? Sólo el olvido y los expertos en crustáceos sabrán la respuesta. Pero las cosas estuvieron ahí.

Parece que el escritor sólo tiene permitido interactuar con el papel, la tinta, el escritorio, los libros de otros. ¿Qué pasa con la cocina y la regadera? ¿Por qué no hablamos un poco sobre los zapatos? Hay instrumentos olvidados que acompañaron la mano y las palabras. Hay tres formas principales de acomodar el cuerpo mientras se escribe: de pie, sentado y acostado. ¿Sentado en dónde?, ¿de pie descalzo o con botas?, ¿qué pasa con la temperatura del piso en invierno?, ¿acostado con la cama tendida y la ventana abierta? Cada postura nos conduce a objetos que estuvieron ahí, aunque nadie los recuerde.

Truman Capote encontró en un grupo de objetos el lugar para el descanso, el placer y el sustento. El autor de *Breakfast at Tiffany's* escribía en su cama, entre sábanas y almohadas podríamos entender la vida y obra de Capote para reconstruir sus biografías. Sobre aquellos que preferirían escribir de pie, las posibilidades son aún más amplias, ¿mencionamos los zapatos? ¿el material sobre el que estaban parados? Si Virginia Woolf y Ernest Hemingway escribían de pie habríamos de hacernos más preguntas de sus pies y menos de sus manos, quizás porque en su cuerpo la escritura necesitaba una postura específica, lograda con el apoyo de ciertos objetos que no tienen una biografía ni un lugar en el corazón de los lectores más obsesivos.

### (III) Las máquinas de escribir

Hay más tipos de máquinas para escribir de las que pensamos. Por ejemplo, el operador de un trascabo ha sido infiel a su bella esposa y ahora quiere contentarla, pero él no es poeta ni comediante, es un operador de trascabo. Así que ha decidido separar para su esposa las piedras rojizas y escribir con ellas las iniciales de la pareja: F +C. Más allá de la posible reconciliación o el divorcio, el operador está efectuando a todas luces un acto de escritura con una máquina incompatible con el papel. Ni qué decir de la navaja que ataca el tronco del árbol para grabar una fecha, unas iniciales anónimas de un beso prófugo.

El piloto que escribe un mensaje de amor en las nubes también usa una máquina: el aeroplano. Él se convierte en un escriba-acróbata, pues el autor del mensaje está a salvo, en la tierra, con la tranquilidad de que alguien escribe por él y para él. Aunque efímero, su mensaje se reproduce en el cielo. Sin embargo, cuando decimos “máquina de escribir” de inmediato pensamos en una forma clara, un objeto único. Resulta interesante que la herramienta tenga tal protagonismo. Creo que en la Literatura, más que en otras áreas, se exaltan los objetos que están cerca de la mano. No recuerdo ninguna frase como “el extraordinario cincel de Miguel Ángel” tampoco veo a la gente alabando los pinceles de Leonora Carrington<sup>7</sup>, pero cuando se habla de un escritor clásico abundan términos como “La pluma de Cervantes”; en otras ocasiones, la herramienta se ve opacada por su operador y el docto comentarista literario

---

<sup>7</sup> Y quizás deberíamos.

dice “la mano del Maestro Quevedo<sup>8</sup>”, por poner uno de los ejemplos más incuestionables, porque claro, el Maestro Quevedo tenía mano, y espalda y nalgas y pies y orejas, pero por alguna razón los estudiosos de la Literatura piensan que la mano escribe sola, que en la habitación sólo estaban presentes la tinta y el papel.

Ya en el siglo xx el halago tenía la opción de derivarse a diferentes objetos. A diferencia de los ejemplos anteriores, en la era industrial de la escritura es el mismo escritor quien presume su herramienta de trabajo, acaso porque presumir su trabajo le parece inapropiado o vergonzoso, pero eso no es ningún impedimento para recordarnos lo virtuosa y trascendente que es su herramienta principal de trabajo. Pedro Salinas escribió un poema dedicado a la máquina de escribir, observo en este fragmento una valoración hiperbólica al objeto<sup>9</sup>:

“Underwood girls”

*Quietas, dormidas están,  
las treinta redondas  
blancas.*

*Entre todas sostienen  
el mundo.*

---

<sup>8</sup> Con toda libertad podemos reemplazar a Quevedo por el poeta clásico de su preferencia. Entre más antiguo y menos leído sea el autor, mayores serán los atributos que usted podrá darle.

<sup>9</sup> Sobre todo si consideramos que es uno de los varios objetos que el autor español necesitaba.

Pedro Salinas no le escribió un poema a la silla donde descansaba su cuerpo mientras trabajaba, tampoco le mostró gratitud a la mesa de trabajo que le servía de base a su máquina de escribir<sup>10</sup>, a pesar de la cercanía entre ambos objetos, tanto en propósitos como en geografía. A pesar de que algunos objetos hagan posible que el texto literario tenga cuerpo, permanencia y repetición, su destino es el olvido.

Hay otros objetos que colaboran de manera atmosférica<sup>11</sup> en la escritura y no se convierten en poema o cliché. Si imaginamos a un escritor lavando los platos o arreglando su jardín somos capaces de ampliar su cotidianidad, pues delimitar todas las escenas al escritorio y el sofá me parece una limitación irreal.

En este ensayo hablaré de los objetos que se han convertido en piezas claves para mi viaje literario<sup>12</sup>.

#### (IV) Los reyes de la superficie

Incuestionable: La página en blanco (la casa del texto, el lugar que recibe a las manos y los ojos) ocupa un lugar protagónico compartido solamente con la tinta, la oscuridad que hace posible la eterna conversación de la lectura, esa mancha que es nacimiento y continuidad, la palabra recién cicatrizada en la blancura. Tinta y papel reciben todo el reconocimiento a pesar de ser los últimos en involucrarse en el proceso de escritura, en especial desde que el libro se produce de manera industrial. ¿Qué tanto

---

<sup>10</sup> Algo parecido a lo que ocurre a los guitarristas en las bandas de rock.

<sup>11</sup> Pensemos, por ejemplo, en esas pequeñas camas que están muy cerca del techo, ¿cómo podría afectar esa cotidianidad en el pensamiento literario?

<sup>12</sup> Con todo lo bueno y lo malo que eso implica.

ánimo del autor puede haber en la página escrita, impresa y publicada? La superficie del libro opaca a las profundidades del libro, en el abismo está el cofre del tesoro, son los otros objetos hundidos en la sombra los que protagonizan el proceso de escritura, también son los primeros en olvidarse.

Hoy sobran formas de escribir y creo que la palabra impresa en las pantallas viaja más rápido que las del papel. Hoy es posible escribir sin que participen las manos, únicamente la voz viva del autor y el micrófono de una nueva máquina de escribir. Hoy un poeta conceptual podría escribir todos sus versos con crayolas y decirle al público que “la textura del color lo acerca a su niño interior, sólo desde ahí es posible la poesía”. Con la misma determinación un cuentista de ciencia ficción podría exigir que sus libros se impriman en materiales aptos para el espacio exterior y alineados a los estatutos del derecho intergaláctico. La forma que el libro como objeto físico puede encarnar es cambiante en nuestros días, de tal suerte que la superficie del libro ocupa en cierto modo un protagonismo desproporcionado si consideramos los siguientes factores:

- a. El papel previo al papel del libro. Algún cuaderno, nota, servilleta, recibo telefónico... el valor y la memoria para ese papel será nulo, mientras que al libro habrá quienes no se atreven ni a rayarlo con un lápiz.
- b. Las contribuciones de los muebles más ordinarios del hogar no se registran.

Hace algunos días le pregunté a mi amigo, ¿qué escritor crees que trabajaba con un ventilador prendido? Y esa frescura momentánea no tendrá un homenaje proporcional a sus horas de servicio.

c. La organización de las palabras depende de ciertos objetos antes de que el papel sea útil, porque el escritor piensa también frente a la estufa<sup>13</sup>, o durante un baño con agua caliente, experiencia que además requiere de varios objetos trabajando en equipo. Sin mencionar que el escusado es un lugar antiquísimo de meditaciones<sup>14</sup>.

## (V) Equipaje literario

Escribo con objetos y sobre ellos, en su cuerpo de plástico, madera o metal he dejado mi presencia y mi ánimo. Si algo he aprendido en el camino literario fue acompañado de algo o de alguien, nunca en soledad absoluta. En la desnudez del cuerpo pensamos en la ropa<sup>15</sup> y su ausencia.

Pienso en objetos que extraño y que quizás no existan, por ejemplo, ¿qué necesitaban además de arcilla para hacer las tablillas? ¿Cómo escogían los caparzones para escribir sus símbolos y predicciones los Jiahui? Tal vez empleaban una piedra que separaba al animal de la escritura. O tal vez esperaban a que la tortuga se secase sola y el viento, por pura costumbre, preparara el caparazón. Pienso en el bisonte y la cueva, ¿qué platicaron el día de la inauguración del primer museo de la Historia? La lista de objetos crece si imaginamos la palabra antes de la determinación de sus trazos.

Algunos objetos, con generosidad y sin objeciones, permitieron que mis palabras y mi atención descansaran en un lugar aparentemente

---

<sup>13</sup> Aunque la población de escritores que cocinan sea escasa.

<sup>14</sup> *Dios tiene tripas* de Laura Sofía Rivero lo deja en claro.

<sup>15</sup> La ropa durante la escritura ha sido una controversia que exhibe geografías, prejuicios y cuentas de banco.

inanimado. Algunos objetos aceptaron la vida que les tocó, estar a mi servicio durante lo posible. Mis cosas, las que ya no están, ahora puedo evocarlas con palabras. Viajar al pasado desde este punto fijo en el que recuerdo. La ruta sólo puedo explicarse con objetos propios. Cuando digo, por ejemplo, *mi cuaderno*, sé que no hay otro igual, es único para mí e intrascendente para el mundo. Pero hablar de cuadernos sería volver a caer en la seducción de la página y sus fauces pálidas y afiladas.

Miro hacia atrás. Fuera de mí, el mundo y sus cosas. Sitúo mi cuerpo en una época precisa, el objeto marca el lugar, el estado de ánimo y el resto de las coordenadas que el viaje necesita. El recuerdo, vamos para allá sin claridad, con la certeza concreta de los objetos personales que ocupan el lugar de mapa en el viaje a la memoria.

A los escritores se les pregunta sobre el futuro, lo cual es extraño, sobre todo si consideramos que la escritura es casi siempre un compromiso con el pasado. Los libros que leyeron, las personas conocidas y olvidadas, el tiempo transcurrido en la imaginación y, claro, los objetos que los acompañaron en ese viaje de la idea al texto. La palabra, más allá de sus acabados finales, tiene una historia que es posible reconstruir a partir de objetos, detrás del libro, el libro, las manos, la espalda, un forro de piel, la madera, un vaso de agua, los clavos.

Los objetos que interactúan en la escritura no son siempre iguales porque la exploración necesita apelar un poco a la suerte y al desorden. A diferencia de un quirófano, una mesa de escritura puede apelar al polvo y las cosas que alguna vez fueron útiles y quizás puedan volver a serlo. ¿Qué llevaba Dostoievski cuando lo enviaron al gulag a cumplir su sentencia? El 16 de noviembre de 1849 el autor de *Crimen y castigo* fue sentenciado a muerte, en un momento como ese hasta las monedas que uno lleva en la bolsa del pantalón cobran significado. Si el día de la sen-

tencia fue inolvidable, peores fueron los cuatro años que pasó en Siberia, poca comida, frío extremo, castigo por parte de los guardias, desprecio por varios presidiarios, ¿en dónde se refugia Dostoievski? La biblia que leyó en su confinamiento fue más que una lectura o guía espiritual, fue también un escudo de papel que marcaba una distancia entre él y el resto. En algún momento dejaba de leer la biblia y estaba en compañía de otros objetos, quizás más importantes para la creación de sus obras que un cuaderno.

## (VI) El viaje literario

El punto de partida es una habitación construida con el propósito del aprendizaje, a pesar de sus carencias, las aulas de la universidad fueron la estación del tren en la que pasé varios años sin moverme, sin pensar demasiado en la Literatura ajena al aula, cohabitaba con lo que cruzaba la puerta. En la facultad de Letras Hispánicas varias veces reflexionamos sobre la definición de “Literatura”. Era necesario fortalecer la memoria porque las palabras precisas estaban reservadas —con justa razón— a las grandes mentes del siglo xx como Umberto Eco, Roland Barthes o Eagleton<sup>16</sup>. Pasé varias horas en el aula repitiendo las máximas de autores célebres, quizás porque no era el tiempo de definir algo tan grande<sup>17</sup> y no podíamos construir una definición propia, lo más cercano a eso era aprehender una ajena, casi siempre extranjera. Apropiarnos de lo ajeno para después de varios robos construir algo propio, como una definición sobre la Literatura en movimiento.

---

<sup>16</sup> La lista de genios variaba de acuerdo con las obsesiones del docente.

<sup>17</sup> Quizás hoy tampoco.

Cuando no leo un libro digo que no he avanzado, como si la historia tuviera, además de trama, un kilometraje disponible de acuerdo a la velocidad de mi lectura. *No he avanzado*, digo, y el libro se convierte en un lugar, en una geografía al alcance de la mano y la vista que aún no recorro. Pero el final de un libro no es el final del viaje literario. Algunos optan por dejarle la responsabilidad a los otros, ceder el protagonismo, la acción y la vivencia a los personajes; asumir que son ellos donde el viaje literario ocurre, sólo en ellos, sólo para ellos. Así, los lectores estamos de “acompañantes” si el texto es bueno, y de observadores si se trata de una mala novela.

Ambas ideas son cercanas entre sí, pues comparten el movimiento y la participación del lector y el libro. Propongo para mi definición otorgarle al texto literario el carácter de repetitivo, no como una crítica, más bien como una virtud; pues el texto literario siempre *es*, está listo para habitarse o recorrerse según la energía y las posibilidades del lector. La repetición entendida como una certeza: cada vez que camines por aquí encontrarás un poco de agua, sombra fresca, un personaje inolvidable, un verso en el que piensas varias veces a la semana.

Los libros que más disfruto son aquellos cuya repetición es placentera y envolvente sin importar cuántas veces los he recorrido<sup>18</sup>. El viaje literario: una propuesta construida con objetos y materiales invisibles ante los ojos del lector, por suerte, el viaje da la posibilidad de *ser* ante el texto lo que él decida: fiel creyente, ateo, patriota, habitante, turista o náufrago.

---

<sup>18</sup> La trilogía de Agota Kristof, *Claus y Lucas*, es un claro ejemplo, *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig y *Digo lo que amo*, de Abigael Bohórquez, caminos conocidos que sorprenden en cada viaje.

Ahora hablaré sobre mis objetos.

## (VII) El cuaderno azul

Las entrevistas y las autobiografías son el mejor lugar para recrear este tipo de historias. La lucidez se antepone a la verosimilitud con el único propósito de que nosotros sepamos que: “Esa noche escribí las primeras páginas de (*la obra que lo hizo famoso*), sentí que mis palabras tenían un solo propósito: la novela”. Esa pijamada de musas, noche histórica de inspiración, también necesita fuerza y cuerpo, voluntad y manipulación de objetos. Incluso el genio inspirado y en su condición de talento necesita encarnar la escritura en algún lugar para darle permanencia a su más reciente ocurrencia.

Otros autores, acaso aún más talentosos que los anteriores, han enmarcado el día que tomaron un lápiz por primera vez y entonces entendieron su lugar en el mundo: “la literatura entró a mi cuerpo, controló todos mis movimientos, empecé a escribir”. Por más escépticos y burlo-nes que haya en el público<sup>19</sup> estas historias me resultan fascinantes, pues le dan al acto de escribir un escenario un poco más amplio y visible. Los objetos que interactúan en estas noches de inspiración y milagro se merecen una historia inventada tanto como la tinta y el papel. Ahora, con ustedes: mi primera historia de escritura es sobre el interés, la pérdida y un cuaderno azul.

Las manifestaciones del interés en la Literatura pueden nombrarse de varias formas: agenda, obsesión, influencias, miedos, épocas, suposiciones, idilios y otros sustantivos flexibles. En el interés caben los

---

<sup>19</sup> Importa poco si son diez o mil.

diagnósticos psiquiátricos, los traumas de la infancia, los momentos que edifican la personalidad y también el interés genuino, la curiosidad en su estado más primitivo y desinteresado. El interés une al fondo y la forma.

Lo que un día me interesó fue una lámina escolar sobre plantas. El mostrador de láminas en la papelería me parecía un libro desarmado, una larga revista que uno podía leer sin orden específico. Empecé con las plantas. Los objetos que protagonizaron esa tarde: el cuaderno azul, las tijeras y el pegamento de barra. De esta lista solo un objeto importa, aquel que alberga lo escrito, o, en mi caso, el lugar donde se reúne “el interés”. Si intento homenajear a las tijeras sólo recuerdo que cumplieron su función, algo similar ocurre con el pegamento de barra. Recorté cada uno de los recuadros<sup>20</sup> y antes de pegarlos anoté el nombre de cada flor. Ojalá la primera flor pegada en el cuaderno fuera roja, rodeada de insectos. O una flor amarilla de pétalos simétricos. En ambos casos, estoy seguro de que escribí sus nombres con la mejor caligrafía posible<sup>21</sup>. Así fue mi primer proceso de escritura, la imagen y su nombre.

El cuaderno azul fue llenándose de recortes y tiempo, pasé horas de silencio e intimidad frente a él. Tal vez por esto el concepto de “objeto inanimado” me causa cierta aversión, pues los objetos —en su mayoría— persiguen un propósito, incluso si no sabemos cuál es. Es posible que en los objetos se muestra lo que hacemos, lo que nos gustaría hacer algún día y también lo que deberíamos hacer. La relación entre acción y objeto es cercana no sólo en la gramática española<sup>22</sup>. En todo caso un objeto

---

<sup>20</sup> Y aun así, las tijeras son solo una palabra, una herramienta de poco apego.

<sup>21</sup> Por fortuna, nadie puede contrastar este dato.

<sup>22</sup> Ojalá pronto los latinoamericanos tengamos plena autoridad sobre el idioma que hablamos.

inanimado es aquel que ya no tiene uso, pero la basura de un hombre es el tesoro de otro. Es difícil saber en qué momento un objeto comienza a perder su animación.

¿Dónde está el cuaderno azul? Aquí hay cuatro posibilidades:

A) Extraviado en alguna mudanza, el cuaderno, igual que algunas camisas y juguetes desaparecieron para que yo pudiera recordarlos sin evidencias y, por lo tanto, sin límites. Tal vez dentro de cincuenta años yo recuerde esa historia con más libertades creativas.

B) En la antesala de la adolescencia sentí vergüenza de ser yo mismo, de ver mi tiempo encerrado en un cuaderno solamente mío, como si tantos días pudieran traducirse a un terreno tan limitado. Así que víctima del juicio y la pena<sup>23</sup>, destruí el cuaderno.

C) Alguien me quiso y me observó, supo que el cuaderno era importante para mí y como un extraño gesto de amor lo robó.

D) El extravío del cuaderno fue tan ordinario como todo lo demás que he perdido. Al tratarse de algo tan simple, la memoria, por fines artísticos, borró el recuerdo. Quizás no le mostramos la suficiente gratitud al olvido.

La distancia entre lo vivido y el presente nos permite recordar con más emoción que certeza, la distancia nos obliga a priorizar aquello que se mantendrá vivo en algún lugar del cuerpo. Es posible que la sombra del recuerdo sea más grande que su cuerpo original, tal vez por eso las historias de amor acentúan la ausencia y el deseo más que la presencia.

De vuelta al cuaderno azul. Fue una enseñanza: escribir es extraviar. Sería una gran pérdida recuperar el cuaderno y confrontar el objeto con

---

<sup>23</sup> Puede traducirse por “dejar de ser un niño”.

la imagen recordada, darme cuenta de que escribí mal, que los recortes no fueron precisos.

Un procedimiento similar ocurre cuando volvemos a textos viejos, la ausencia es reemplazada por la realidad: aquí están tus palabras, esto es lo que hiciste.

### **(VIII) Libros de cristal**

Cuando era niño, esta era una de mis ficciones favoritas. Me gustaba ver el globo terráqueo e imaginar que, igual que en las caricaturas, alguien se acercaba a la orilla a enviar un mensaje. Sólo hace falta una botella de vidrio transparente, un tapón de corcho (siempre de corcho) y un mensaje. Además de las olas y la suerte, el mar es confiable en sus movimientos. Antes de un viaje a la playa le pregunté a mi mamá si yo podía enviar un mensaje en una botella. Se tomó unos momentos antes de responder y entonces dijo:

—¿A quién? ¿Qué quieres decirle a un desconocido? No es bueno echar basura al mar.

No respondí nada y en mi equipaje no había ninguno de los elementos necesarios para cumplir mi deseo. Ese día solo y sin mensaje, frente al mar, no podía pensar en otra cosa que no fuera la posibilidad de que alguien, en alguna playa del mundo, recibiera mi mensaje. El mensaje que no envié. Observé el agua con cierto escepticismo, como si no fuera posible la misión. Esta reflexión no habría llegado a mi cabeza si hubiera podido responder a las preguntas de mi mamá, una buena respuesta hubiera hecho posible el intento, ahora sé cuál respuesta me habría acercado a la condición de emisor:

—Cualquier cosa, a quien sea.

Me hubiera gustado que el mensaje lo recibiera un niño parecido a mí; sé que habría disfrutado destapar la botella y encontrar un mensaje lleno de necesidad y esperanza. Es posible que los mensajes en una botella sean parte del imaginario popular por dos razones: la posibilidad y la urgencia.

¿Alguna vez el mensaje en la botella cumplió su misión? Fue necesario que alguien escribiera “naufragio, envíen ayuda, isla sin agua, tripulación enloquecida”, después buscó una botella, un tapón y la arrojó al mar esperando lo mejor. La suerte, por lo menos una sonrisa de la fortuna soñaba con el rescate y la misericordia de su único lector. La urgencia vital de la escritura nos lleva a desear que la botella cruce el mar y alguien atienda al mensaje. Respiración agitada, posibles últimas palabras.

De niño, dudaba sobre el mensaje y el riesgo de que mi botella llegara a las manos incorrectas. ¿Qué tal si el mensaje es un secreto? Lo cual es terrible si consideramos el grado de dificultad del viaje, los kilómetros, sus obstáculos y, entonces, ¿abrir la botella y encontrar un mensaje indescifrable? Ahora pienso que lo más drástico es lo que está antes de la botella: las manos desesperadas del náufrago que ya empieza a temerle a la sal. El autor de ese mensaje gastó sus últimas fuerzas en cerrar la botella lo mejor que pudo y eso no hace que el mensaje tenga más oportunidades de encontrar un buen samaritano dispuesto al rescate.

La desesperación y la fe materializan este acto de escritura, por lo tanto, el mensaje va cargado de intenciones claras: el rescate, el milagro, la jarra llena de agua. Es difícil imaginar que el mensaje dentro de una botella tenga alguna pretensión literaria, sin embargo, bien puede convertirse en epitafio involuntario y sin tumba.

Si alguna vez me encuentro al borde de la desesperación y el optimismo, quizás haga un dibujo de despedida, así el destinatario anónimo

podrá interpretarlo como un buen presagio. Sería bueno ahorrarles la preocupación de otro fantasma en el mar, y, en cambio, poner en su mente la imagen de un pez cercano a sus redes.

El mensaje en la botella me interesa porque vulnera y degrada el valor del texto; si la botella falla, aunque sea un poco, entonces el mensaje está tan condenado como su emisor. Hay en esta preocupación algo parecido al libro y la obra que contiene.

La botella no conduce ni acompaña al mensaje, al contrario, le da una oportunidad de cumplir su misión, sin su cuerpo entero e impermeable el mensaje está perdido. El libro también puede ser de cristal y enfrentar diferentes obstáculos geográficos. Sin texto, un libro es solamente un grupo de páginas en blanco, no hay viaje posible en sus blancas praderas. Sin texto, un libro es un objeto vacío, quizás inanimado<sup>24</sup>. Sin embargo, el papel así desnudo y sin caminos trazados sigue teniendo expectativas. El texto, por otra parte, sin un lugar donde enraizarse y hacerse viejo está perdido sin importar el autor ni el valor de sus palabras. Ahora una historia sobre un mensaje en una botella.

Cuando tenía quince años trabajé en un curso de verano y una de mis principales responsabilidades era cuidar a Vanesa, una bebé que apenas estaba aprendiendo a caminar. Me angustiaba que mi trabajo fuera cuidar a una criatura tan frágil.

No sé por qué esa niña y yo parecíamos entendernos e incluso agradarnos, más de una vez compartió su manzanita picada conmigo. Y de vez en cuando se reía mientras platicábamos. Cuando terminó el curso de verano, la mamá de Vanesa compró una botella llena de dulces, sellada con un corcho, igual que en las caricaturas y las historias de piratas.

---

<sup>24</sup> Tomando en cuenta las ideas previas sobre este término.

La presencia física de esa botella me permite transitar con brevedad el trabajo y la rutina de ese verano. La ropa que usaba, las ideas que tenía y el miedo constante a que algo le pasara a Vanesa. La botella, con sus dulces intactos y su tapón de corcho, es un mensaje que sólo puede leerse con los anteojos de la memoria, es un objeto de interpretación individual, el punto de encuentro entre cuerpo, memoria y experiencia. El nacimiento de la idea y su concepción en un mismo objeto.

### **(IX) Mi propio caparazón**

Las mochilas son nuestro esfuerzo por parecer animales más aptos para el viaje como los camellos y las tortugas. Los caminos que puede vivir una mochila dependen del cuerpo la posee, es decir, la voluntad que anima, moldea y condiciona sus días. Todos los objetos de mi mochila, les guste o no, trabajan en equipo y viven en un mismo sitio. A veces reciben visitadas indeseadas de cuerpos extraños, pero cualquier inquietud ocurre en silencio, oscuridad y movimiento, porque si en algo colabora la mochila en el viaje literario es en la distancia y el almacenamiento<sup>25</sup>.

Cada uno de sus compartimentos ofrece privacidad y anonimato. Esta bolsa es para las llaves, esta para los libros, la más pequeña para el medicamento anti- alergias o los poemas que acabas de escribir, así como otros objetos que puedan resultar vergonzosos. Hace algunas páginas dije que los objetos (en general) pueden traducirse a acciones potenciales, pues la mochila lleva esta lógica a la acción inmediata y obligatoria, a veces en la mochila llevamos objetos opuestos a nuestros

---

<sup>25</sup> De objetos y experiencias.

deseos, con nuestra carga podemos exhibir vergüenza y algunas cadenas que voluntariamente ponemos en nuestra espalda.

Ahora debo adentrarme a mi propia carga: las mochilas que he sido.

### **(X) La mochila del niño**

Hace poco cumplí siete años, el pastel está fresco en la memoria. El día que partimos el pastel mi abuelita Juana me regaló unos guantes de fútbol, un balón y un morral rojo de las Chivas. Ella no lo sabe, pero esos serán los únicos guantes de fútbol que yo tendré y también el único artículo de las Chivas, después tendré otros rumbos, otros colores. Mi abuelita insiste en que pruebe el morral y lo modele para ella.

—Se te ve muy bien tu mochila de niño grande.

Después de observarme y concluir que su regalo había sido una buena idea, me dio algunas indicaciones inolvidables:

—Aquí vas a guardar tu botella de agua cuando vayas a jugar fútbol y tu dinerito. Cuídala mucho y no la pierdas.

Hasta antes de ese momento yo no había pensado en que una mochila pudiera perderse, quizás porque antes de ese morral yo no era del todo responsable de los objetos con los que interactuaba diariamente, tampoco tenía una noción propia de lo que implica tomar un objeto y llevarlo contigo a la calle. Antes del morral todos mis equipajes estaban condicionados a una voluntad ajena y experimentada, incompatible por momentos con mis necesidades. Las indicaciones de mi abuela debieron alertarme sobre el crecimiento y sus riesgos.

La instrucción me parece correcta, pues perder una mochila es experimentar una desnudez involuntaria y aleatoria. Por primera vez fui consciente de la voluntad que ponemos en los objetos.

A mis siete años ya había tenido otras mochilas. Pero el material fotográfico es escaso y la memoria tiene rutas específicas que no puedo controlar, como un sendero en la selva que podría ser una trampa o un atajo. Así que la primera mochila es esta a falta de evidencia más contundente.

Éramos la mochila y yo contra las tardes. Poco a poco fui confiando más en ella y a los objetos iniciales (la botella de agua, los guantes y el dinero) rápidamente se sumaron algunos juguetes, de vez en cuando una fruta o un sándwich y también mis primeros libros. Creo recordar —pues la memoria es un museo no siempre abierto a los turistas—, que el primer libro que saqué a pasear en mi mochila fue un ejemplar a punto de deshojarse de *El libro de la selva*. Empecé a llevar libros a la cancha de fútbol porque pasaba un buen rato sentado, no era el mejor jugador disponible y a veces prefería ver los partidos sin la presión de meter gol. Cuando estaba en el campo intentaba hacer mi mejor esfuerzo, pero me burlaba lo suficiente de mis errores técnicos que la mayoría de mis compañeros se divertía, a pesar de la derrota.

Una tarde, uno de mis amigos, igual de malo para el fútbol que yo, estaba sentado en la banca a mi lado. Le dije que traía un libro y si quería se lo prestaba, incluso me ofrecí a buscar los balones que salían de la cancha mientras él leía. Mi propuesta no le pareció tan interesante.

—A mí casi no me gusta leer... pero ese libro se ve muy bien, si quieres yo recojo los balones que vuelen.

Aunque mi amigo Richi no quiso leer conmigo, ese día aprendí algunas lecciones: primero, que la lectura es una actividad más bien solitaria; segundo, que traer un libro en la mochila es siempre una buena idea, tercero; que ser malo en el fútbol da la posibilidad de buscar otros intereses.

Quizás desde entonces le doy a la mochila un valor crucial en mi vida y en mis interacciones. Lo cierto es que ahora no puedo imaginar un viaje sin una mochila o una maleta. Como si fuera un caparazón, un escudo que me protege y me prepara ante el mundo, un poco de hogar en la espalda.

## (XI) La mochila del mesero

Buscaba que dos días fueran suficiente para el sustento de una semana, así que cada decisión buscaba ser precisa. Llevaba algunos objetos adicionales que demostraban la ambición, el optimismo ingenuo y la poca experiencia en el oficio que controlaba mis días. Imaginaba que las propinas dependían del cansancio y las sonrisas falsas, después aprendí que era una cuestión de suerte y alcohol. Mi mochila atestiguó ambos momentos.

En las épocas de mucho sonreír y caminar en horario laboral, llevaba en la mochila un sacacorchos en caso de cruzarme con algún cliente de paladar distinguido, también llevaba una bolsa de limones para el tequilero más exigente y tradicional de la fiesta. Ambos escenarios tenían un solo destino: propinas y no ser despedido.

La mochila del mesero era compartida con la del asistente al taller literario, así que la charola y el uniforme les hacían espacio a los manuscritos frescos, recién seccionados. La mochila conectaba ambos mundos, pues los dos necesitaban movimiento y determinación.

A causa de la palabra

La tortuga, una vez terminada su vida, perdió el derecho a conservar su caparazón, pues alguien decidió que algo que sólo vive en su cabeza debía existir en el mundo exterior, no sólo eso, este habitante invisible

necesitaba un cuerpo sólido y longevo. Desprendieron el caparazón. La tortuga, víctima del silencio de la muerte, no pudo decir nada. Es posible que se haya despedido del caparazón en su lecho de muerte, por si acaso, por si ahora. Perdió una de las características más representativas de su especie para dar paso a algo nuevo, abstracto, abierto a la interpretación: la palabra.

Una noche, la historia frente al fuego versaba sobre una lucha contra bisontes. Los más grandes jamás vistos. El narrador era el protagonista y único testigo de esta historia, pero, ¿a quién se le ocurriría desconfiar de una voz tan roja de orgullo? Alguien escuchaba con atención porque la Historia era buena y le gustaría guardar cada palabra en su lugar, así la Historia se conservaría de forma precisa, sin perder el tamaño de los cuernos ni la fiera del animal peleando por su vida<sup>26</sup>. Frente al fuego, ese Alguien se hace una pregunta: ¿cómo puedo guardar este momento? No sabe exactamente qué es lo que desea conservar, pero sabe que es urgente. No logra descifrar la pregunta, así que escucha atento, con la esperanza de que es suficiente la memoria para repetir la Historia.

Al despertar, y antes de ir a cazar bisontes, nuestro Alguien desconfía de sus recuerdos. Tal vez su hermano no peleó contra ese animal tan bello. Poco a poco el recuerdo se vuelve difuso y el bisonte de la historia se convierte en uno más del sacrificio diario y la manada. Alguien empieza a olvidar.

La próxima vez que cuentan una hazaña de cacería, nuestro Alguien toma un poco de barro y dibuja su interpretación de los hechos. Ahora, cada mañana, antes de ir al trabajo, compara los búfalos reales con los es-

---

<sup>26</sup> Los protagonistas de la Historia son animales que pelean por su vida, cada uno a su modo.

critos en la pared de su cueva. Otros miran la pared y creen que es buena idea pensar de forma física, pensar en la pared, con las manos, pensar para alguien más, para después. Algunos se vuelven expertos en observar para convertir el mundo en trazos y líneas. Los dibujos se vuelven cada vez más discretos hasta llegar al primer alfabeto, ahora, en teoría, es más fácil que peleen los búfalos. Empezamos a escribir con los objetos al alcance de la imaginación.

*El paseo y el paisaje en la literatura*

II PREMIO NACIONAL DE LITERATURA JOVEN

RAÚL PADILLA LÓPEZ 2024.

Se terminó de editar en octubre de 2025  
en la Unidad de Apoyo Editorial del CUCSH

José Parres Arias 150  
Zapopan, Jalisco, México.

Tiraje: 1 ejemplar.

Diseño y cuidado de la edición: Unidad de Apoyo Editorial.

Diseño de portada: Elba L. Padilla.

En el contexto de Guadalajara Capital Mundial del Libro, distinción otorgada por la UNESCO del 23 de abril de 2022 al 22 de abril de 2023, surge el Premio Nacional de Literatura Joven Raúl Padilla López dirigido a estudiantes universitarios de México. La idea original fue abrir un espacio de creación literaria para noveles escritores universitarios, aún no consolidados en el arte de la escritura. En la primera edición, la temática fue *El Cuento en Guadalajara en el siglo XXI*.

En su segunda emisión, en 2024, el Comité organizador del premio convocaría el género de ensayo y como tema *El paseo y el paisaje en la literatura*. “Por su naturaleza digresiva, el ensayo literario es un género propicio al tema del paseo. Experimental por definición, surge de la interrogación personal para emprender un recorrido formal y temáticamente abierto que tiene como destino una transformación. El caminante transita el paisaje natural, urbano, poético, ficcional o digital trayendo a la página la experiencia del paseo.” Luis Jorge Aguilera.

El ensayo ganador fue: *Un cuerpo que camina* de Hannah Eugenia Manjarrez Terreros. El jurado decidió otorgar mención honorífica a *La piedra que habitamos*, de Héctor Justino Hernández Bautista y *A causa de las palabras* de Jorge Bladimir Ramírez Guerrero. Todos contenidos en este tomo.

Raúl Padilla López (1954-2023) impulsó la difusión de la literatura, la cultura y la ciencia, a través de incontables proyectos que incluyen la Feria Internacional del Libro y el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, que reconoce la trayectoria de autores consolidados, así como la Editorial Universidad de Guadalajara y la Librería Carlos Fuentes. Este premio honra su memoria.

**CUCSH**  
CENTRO UNIVERSITARIO DE  
CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



ISBN: 978-607-581-652-4



9 786075 816524